3 1761 09546681 9

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/doapaoelcontrach00quev

DOÑA PIA

O EL CONTRACHOQUE

ERRATAS principales y OMISIONES de consideración en la COMEDIA DRAMATICA

DOÑA PIA

Pag. 44.—Acto tercero, escena 6ª—Entre los personajes de esta escena falta: CALIXTO en el cepo

Pag. 47.—Acto tercero, escena 7ª Entre los personajes de esta escena falta: BERTA.—A continuación (misma página) dice: hace la señal de la cruz. Debe decir: hacen.....

Pag. 55—Dice:...la tienda volvió hacer una empresa usuraria. Debe decir: la tienda volvió a ser...

Pag. 61.—Dice: Vamos a ver gar el refuerzo. Debe decir: Vamos a ver llegar...En seguida (misma página) Acto tercero escena 13ª. Entre los personajes de esta escena no debe figurar el LIC, ESPINO, sino en su lugar el DOCTOR PRAGA.

Pag. 63.—Dice: CALIXTO en el cepo. Debe decir: CALIXTO fuera del cepo.

Pag. 68.—Acto cuarto. Escena 2a. Entre los personajes de esta escena faltan: REVOLUCIONARIOS.

Pag. 71.—Escena 4a. y 5a.—Dice: CABO MACHORRO. Debe decir: CABO MACHORRO en el cepo:

Pag. 78.—Después de: ISIDRO.—¿Quién lo hirió?—falta la respuesta: PETRONILA.—¡Pues quién sabe!

Pag. 79.—Dice:... ese (Lucas el puntillero) tenía una gran cuenta pendiente. Cualquier hombre de bien se le debía arreglar. El cabo Machorro se lo arregló!—Debe decir:...se la debía arreglar; el cabo Machorro se la arregló.

Pag. 89.—Dice: ¡Viva el amo don Jorge!—Debe decir: ¡Viva el amo don Jorge! ¡Viva la revolución agraria!

LS
Q64d

DOÑA PIA

O

EL CONTRACHOQUE

COMEDIA DRAMATICA REVOLUCIONARIA

EN CUATRO ACTOS POR

Salvador QUEVEDO Y ZUBIETA

502098
29.12.49

MEXICO

Talleres Gráficos de la Escuela Industrial de Huérfanos
Plaza de Santiago Tlaltelolco 33.

1919

PERSONAJES

HOMBRES

JORGE ARMIENTA, hijo natural de D. Evaristo Armienta fallecido y de Nieves "la loca"
DON RAMON URDIOLA
DOCTOR PRAGA.
PADRE MATEO.
LICENCIADO JESUS (Chucho) ESPINO.
PIOQUINTO ANTUREZ, hermano de Nieves y padre de Berta.
ISIDRO PERALES.
CABO MACHORRO.
LUCAS "el puntillero".
CALIXTO MACHUCA, criado.
Teniente CORREON.
Un "Propio".
Soldados federales. Centinelas.—Revolucionarios, Peones, etc

MUJERES

DOÑA PIA, esposa de Don RAMON.
NIEVES ANTUREZ, "la loca", madre de Jorge.
ENRIQUETA, hija de Doña Pía y de D. Ramón.
BERTA, hija de Pioquinto Anturez,
PETRONILA, criada.
TIA ESPIRIDIONA y otras Campesinas de varias edades, del pueblo de la Ermita y de la hacienda de Escontzín.

La acción del primero y segundo actos pasa en la ciudad de México; la de los siguientes en la hacienda de Escontzín, Estado de Morelos.

Epoca de la revolución antiporfirista. (Antes de que surgiera la división revolucionaria. Por lo mismo, en este drama se pierden de vista los partidos secundarios, y no puede decirse que se favorece a los de Morelos, con detrimento de los otros; pues todos estaban unidos por el fin común.)

ACTO PRIMERO

Gabinete de trabajo y recepción. Una puerta a la izquierda comunicando con interior; otra en el fondo comunicando, por vestíbulo, con corredor. Ventana encortinada a la calle. Pequeño estrado. Un diván en el centro. A la izquierda de la puerta del fondo, el plano de la hacienda de Escontzín colgado ostensiblemente. Armas diversas, machetes, dagas, rifles, unas esparcidas, otras reunidas en panoplia. Entre ellas una pistola y una carabina de salón para ejercicios al blanco. Una mesa escritorio con cajones. Un reloj de suspensión. Reina cierto confort desaliñado.

ESCENA Ia.

PETRONILA, CALIXTO.

PETRONILA, entra por el fondo, con escoba, recogedor y trapo, abre la ventana, barre y canturrea.

CALIXTO.—por el fondo—¿Tú barriendo, Petronila? Déjate de eso! ¿No sabes que la revolución nos trae otro reinado?

PETRONILA.—¿Qué reinado es ese, Calixto?

CALIXTO.—¿Como cuál? El del rasero. ¿No sabes lo que dicen los periódicos, y mejor que ninguno *El Nuevo Régimen*? Que de hoy en adelante, todos, chicos y grandes, pobres y ricos, vamos a ser medidos por el mismo rasero.

PETRONILA.—¿Quiere decir que vamos a estar como granos en almud? ¡Pues quién sabe!—Sigue barriendo y trapeando.—Pero tengo que hacer esta pieza, porque se espera al médico, luego un banquete; y Doña Pía....

CALIXTO.—Anda, Petronila! Déjate de gatear. Harto hemos servido... Lo que debiéramos es volvernos al pueblo. En la Ermita....

PETRONILA.—Uy! Pueblo y hacienda están en revolufia.

CALIXTO.—La habrá por todas partes en nuestro Estado de Morelos hasta que se cumplan las promesas y repartan tierras a los pueblos. Volvámonos allá. Quién quite y nos toque un cacho si se reparte la hacienda de Escontzín!

PETRONILA.—Cállate la boca! Si te oye doña Pía te zumba y a mí también! Ya sabes como es.

CALIXTO.—¡Qué! No le tengas miedo a doña Pía....Señala las armas colgadas.—ni a sus fierros, ni a sus tiritos, ni a todos sus modos de machota. A mí no me la pega con sus arranques. Más que ganas de zumbar a los demás, tiene miedo de que se la zumben.

PETRONILA, viendo intranquila hacia la puerta lateral.—Cállate, Calixto, por Dios!

CALIXTO, con misterio y bajando la voz.—Sí, Petronila; no se me puede quitar de entre ceja y ceja que tienen miedo los dos: don Ramón y doña Pía. Hay en la hacienda y en el pueblo como a modo de odiosidad contra ellos. Yo no sé a punto fijo; sólo he oído murmurar a los viejos.

PETRONILA,— con el mismo misterio.—Pues quién sabe! Pero sí que murmuran! Yo les oía también desde chica. Hablan con lástima de don Evaristo Armienta, el buen amo, primo de don Ramón y papá de don Jorge, el amito que acaba de llegar....Que don Evaristo murió de mala muerte, repentinamente....

CALIXTO.—Lo mataron....Le achacaban la muerte, dizque por celos de hermano, al de la loca Nieves, Pioquinto Anturez....Estuvo en la cárcel; se fué no se sabe dónde.... Habrá ya muerto, como tantos!

PETRONILA.—¡Don Pioquinto! El padre de la niña Berta? ....¡La pobre! Lo mejor de esta casa....

CALIXTO.—El caso es que no fué él; ni fué por mandato suyo que Lucas el "puntillero" asesinó a don Evaristo mien-

tras estaba con Nieves en la quinta de la Ermita. Don Jorge debía tener cinco o seis años por aquel entonces....

PETRONILA.—El pobre! Está hermoso, pero quedó medio tristón...

CALIXTO.—Aprehendieron, a más de don Pioquinto, al "puntillero" y a otros.... Pura bombolla! Luego le echaron tierra a la causa. Doña Nieves enloqueció; le quitaron al niño para mandarlo a las Europas.

PETRONILA.—De él oía yo decir que era el verdadero amito; que Escontzin era suyo y no de su tío don Ramón. ¡Quién sabe!

CALIXTO.—Así es; y por eso el señor y la señora tienen miedo, miedo de todos, miedo de él; quizá lo odian.

PETRONILA.—Odiarlo! Pero si es su sobrino y van a casarlo con la niña Enriqueta... por más que ella le daba mucha carita al Licenciado Espino....

CALIXTO.—¿El Licenciado Espino? Buenas calabazas se va a llevar ese!

PETRONILA.— Calabazas obligadas, porque la niña Enriqueta no quería darlas.

CALIXTO.— ¡Ah qué no! Si como viese que llegaba el primito de las Europas y que la interesaron en quererlo se dejó ella convencer fácilmente. ¡No es tan amartelada!

PETRONILA.— Pues quién sabe! El caso es que hoy estamos de junta, presentación y manteles largos.

CALIXTO.— Se me figura que ese casamiento de don Jorge con la niña Enriqueta es por amarrar la hacienda para ellos.... La gente de Escontzín y la Ermita se levanta principalmente contra el amo don Ramón que se deja tomar los pantalones por doña Pía.... Dicen que ha usurpado mucha tierra del pueblo; gritan "¡muera don Ramón y viva don Jorge!" Quieren a don Jorge, el hijo del buen amo don Evaristo, que los respetó, se hizo querer de la indiada..... Esto no puedes comprenderlo tú bien, Petronila, no entiendes nada de socialismo.

PETRONILA.— Pues quién sabe! Pero yo no quiero indagar. La tía Espiridiona que me cuidó desque murió mi madre ha recibido en la hacienda dineros de estos amos.

CALIXTO.— Dineros tuyos; de los que te ganas aquí por servir en todo como burrito de carga .... Y lo tuyo se lo mandan a tía Espiridiona en su propio nombre.

PETRONILA.— Eso sí, Calixto. Yo apenas recibo; y el trabajo aquí es duro. Ahora se ha recargado con la llegada de don Jorge y la enfermedad de don Ramón.... Ha pasado mala noche.... Dos veces me levantaron para prepararle el calmante, porque ya se ahogaba. Si no fuera porque la niña Berta está siempre lista para ayudarme.... Hace un ratito, entre las dos, le pusimos un parche.... de no sé qué!

CALIXTO. Haces de enfermera gratis; no te dejes! Vámonos a Morelos a ganar tierras!....

PETRONILA, sin soltar los útiles de limpia, levanta un tapete. .— Yo bien quisiera pero ahorita tengo que acabar la pieza. Ya viene la presentación.— Va a sacudir el tapete por la ventana.

CALIXTO.—¡Qué presentación ni qué papas! Anda, zonza! .—Se oyen a lo lejos toques de tambores y cornetas .— ¿No oyes? Es el desfile que va a pasar por la boca-calle.—Se acerca a la ventana y señala a la izquierda.— Viene toda la columna de Chapultepec y tambien los voluntarios tomados de leva. Hoy sale la expedición para el Norte; don Porfirio va a pasar revista.

PETRONILA.¡Otra !Está muy cascado nuestro don Porfirio. Ya no es el de antes. A cada dolor de muela se le atora el gobierno.

CALIXTO.— Entonces lo empina la camarilla, verdad. ¡Esos científicos!..... Y la revolución gana terreno. Pero vamos a ver! Hoy Don Porfirio se endereza; quiere dar el gran golpe revistando a la brigada Cuéllar en marcha para el Paso.

PETRONILA.—¡Si también se la derrotan!

CALIXTO.— Otra derrota sería el "acabóse". Mejor! A mí me alborota todo lo que es cambio de gobierno. Se viene Francisco Madero con sus planes redentores. ¡Anda! Hoy es el reposo "eudomadario" de que hablan los planes. ¡Fiesta en casa y fiesta fuera de casa! Deja la escoba, Petronila; y vamos a la esquina. Allí compro el *Nuevo Régimen* de "ora" y en la "Gloria de Baco" un trago a la salud de la revolución.

Los toques y redobles que comenzaron a la sordina van resonando más y más claros. Se oye uua marcha de música.

PETRONILA, vacilante un momento, suelta los útiles de limpiar y el tapete, los cuales quedan caídos cerca de la ventana. Se quita el mandil y lo deja en un respaldo

CALIXTO Y PETRONILA salen por el fondo.

La marcha de música se va apagando gradualmente,

ESCENA 2a.

BERTA, luego DOÑA PÍA.

BERTA, por el fondo, mira el reloj.— ¡Las diez menos cuarto! Poco falta para que llegue el doctor Praga. Echa una mirada al piso y a los muebles.—Esto no está acabado de limpiar. Mira con sorpresa los útiles de limpiar, dejados en desorden. ¿Qué quiere decir todo esto? Una cena de negros! Ya me lo imaginé al ver a Petronila corriendo tras de Calixto, al ruido de la tropa. Me da lástima esta casa. Todo se desconchinfla. No estoy de humor .... Recoje el mandil y poco a poco lo demás. Pero no puedo ver lo sucio. Se ciñe el mandil. Usa alternativamente de la escoba, el recogedor y el trapo. ¡Y dejan los dos el servicio cuando hay fiesta aquí! Ceremonia, lunch; creo que hasta música.... He estado soñando con ello anoche en una pesadilla. Y eso que apenas dormí con las dos veces que hube de levantarme para curar a Don Ramón. Toma el tapete, lo sacude por la ventana y lo coloca en su sitio. Ah! ¡Si me dejara guiar por lo que siento aquí, en lo más hondo! Dejaría que la casa se cubriese de polvo, querría que todas las inmundicias vinieran a ahogar esa fiesta. Pero no puedo, no puedo.... Primero está lo limpio ¡Vamos! Así porque sí, aunque no me lo agradezcan! Sigue trapeando y barriendo esmeradamente por los rincones.

DOÑA PIA, por la puerta izquierda, en bata matinal.—¡Eres tú la que limpias! Por eso haces tan mal la costura. Siempre metiéndote en el quehacer de Petronila!

BERTA.—Petronila salió un ratito, y como Ud. me dijo que hoy hay fiesta....

DOÑA PIA.—Dejas que Petronila se vaya a pasear; tomas por tuyo el barrido y te fajas su mandil ¡Está bueno! Bien se conoce de donde has salido!

BERTA ¿De donde he salido, señora?

DOÑA PIA, empujándola.—¡Anda! no serás más que una fregona.

BERTA, se quita el mandil, recoge los enseres y los pone cerca de la ventana.

DOÑA PIA, descolgando una pistola de salón.—Y el lunch?

BERTA.—Pascuala se aferra en dejar la cocina. Que no gana para banquetes.... Ya sabe Ud. que la niña Enriqueta telefoneó desde ayer a la casa Sylvain para que mandara lo necesario.... hasta cubiertos bonitos.... Si se ve que otra cosa falta, no hay más que telefonearle de nuevo....

DOÑA PIA, pone la pistola sobre la mesa y abre un cajón.—¡Ah bueno, basta!

BERTA.—Pero hay una cosa que no puede mandar la casa Sylvain. Es la limpieza de la casa.....Por eso yo.....

DOÑA PIA.—Basta ya, te digo! Ocúpate de ver eso de Pascuala, y que se quede, aunque sea por hoy...

BERTA.—Bueno, señora! Va a salir por el fondo.

DOÑA PIA, deteniéndola.—Oye! ¿Viste a Enriqueta cuando salió?

BERTA, en el umbral.—Sí, Doña Pía, a eso de las ocho.

DOÑA PIA.—¿Salió en el coche o en el automóvil?

BERTA.—En el auto. Ella tomó la rueda....

DOÑA PIA.—Nadie te lo pregunta. ¿Y Jorge?

BERTA.—Ella lo llamó a su lado; y echó al chauffeur atrás ....Don Jorge subió con una cara muy asombrada.

DOÑA PIA.—¡Eso sí que no te importa, fisgona, entremetida. ¡Anda, a tu quehacer, al cuarto de costura!

BERTA, encaminándose hacia la salida del fondo.—Bueno, señora.

DOÑA PIA.—Oye! Acaba de arreglar el comedor. Pon las flores. También estate pendiente de las visitas que lleguen para introducirlas a la sala.

BERTA.—Mal podré atender a todo: la costura, acabar la mesa y ocuparme de las visitas... Haré lo posible, doña Pía.

DOÑA PIA.—Respondona! Pues sólo falta que te sientes en una silla a tenerte las quijadas. Nomás eres buena para ver lo que no te importa: dónde se sienta Jorge, la cara que pone...

BERTA, sofocada, deja caer el mandil, sin advertirlo.—Pero, señora, si yo...

DOÑA PIA.—¡Y te quedas ahí plantada, como una boba! Vete, lárgate!

BERTA, da unos pasos hacia afuera.

DOÑA PIA, notando el mandil caído, lo toma.—Mira, atolondrada, dejas el mandil de Petronila!

BERTA, se vuelve.

DOÑA PIA, tirándole violentamente el mandil.—¡Anda, igualada!

BERTA, aturdida y reteniendo el llanto, toma el mandil y sale.

ESCENA 3a.

DOÑA PIA, DON RAMON dentro. Sucesivamente PETRONILA y CALIXTO.

DOÑA PIA, sola. He de enseñarle yo cuántas son cinco a esta mosca muerta. ¡Como si no la hubiese visto cruzar miradas tiernas con Jorge! ¡Y apenas llegado el muchacho! Va hacia el cajón abierto y busca.—Es la atracción de la sangre..... La sangre india bullendo bajo la piel blanquizca ¡Todavía no saben bien lo que hay entre ellos!—Saca una cajita de balines y un cartón (el blanco) con círculos concéntricos numerados. Carga la pistola. Vá a colgar el blanco a la izquierda.—Nada de alcayata, caramba! Se caería.... Mira al suelo y no la descubre.—Todo se hace imposible en estos tiempos, con semejantes criados....hasta afianzar un clavo! ¡Por más que se lo dije a Petronila!....Tendré que colgar por otro lado.... Busca un clavo en la pared, y sólo encuentra el que sirve para sostener el plano de la hacienda de Escontzín, a mala altura. Descuelga el plano, lo pone sobre el escritorio y lo contempla unos instantes. El plano de Escontzín ¡Mi hacienda!....Sí; ya casi es mía!....Ese trazo negro que la cruza....la barranca de Escontzín. Allí se hundió el tren en mil ochocientos ochenta y uno....Hay algo en su fondo como que me atrae, cuando paso....¡Ea, visión!—Cuelga el "blanco" Toma la pistola. Mide la distancia del fondo hacia el delantero, con pasos largos en línea recta.—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...—Se detiene cerca del límite, y tira a su propio mando.—Una! dos! tres!—Dispara y avanza hacia el blanco para cerciorarse de su tiro.—En el cuarto círculo. ¡Malo! También es que el blanco está algo alto.

DON RAMON, haciendo oír su voz desde el interior izquierda, sin dejarse ver.—Pía!

DOÑA PÍA, con voz displicente y un tanto imperativa, cerca de la puerta lateral.—Estoy empezando mi ejercicio.— Va al timbre y suena una vez. Tira el casquillo del petardo gastado y carga de nuevo. Una mirada al blanco.—Sí, está alto.....¡Estos diablos de criados!... ¡Sí andará todavía fuera Petronila!— Avanza otra vez para tirar y se pone en guardia.

DON RAMON, llamando nuevamente dentro.—Pía! ¡Que me quiten el tapsia!

PETRONILA, por el fondo, ligeramente excitada por el pulque.—¡Ay, señora! que pasaron los soldados; y por eso fuí un ratito, nomás allí, a la vueltecita...y voy sabiendo, que la niña Berta, tan buena, acabó la limpieza.

DOÑA PÍA, volviendo a la guardia, extiende el brazo.—Una! dos!... Cállate, que me turbas el tiro! Pasa detrás de mí y ve con el señor; le levantas el tapsia.

PETRONILA.—¿Que qué! ¿Que le levante la tapa! Ud. niña, es la que me va a levantar la de los sesos con su pistolita.

DOÑA PÍA.—¡Que le levantes el parche! Repite la guardia y la extensión del brazo.—Una! dos!....

PETRONILA.—Pero, niña; si no he venido aquí de enfermera; dos veces me levanté anoche para la *medecina* y el parche. *A luego*, con la llegada de don Jorge, tengo que hacerle su pieza.....

DOÑA PÍA.—¿Quieres estar de floja todo el día?

PETRONILA.—No, niña; pero andan diciendo que si cae don Porfirio y triunfa la revolución, todo va a cambiar entre criados y amos. Se va a prohibir que se abuse.

DOÑA PÍA, suspendiendo un momento el tiro, apunta.—Tres! Dispara. Colérica a Petronila.—¿Qué sandeces has dicho? ¡Deslenguada! ¡A ver si me obedeces!

PETRONILA, yéndose por la puerta lateral.—¡Ay, niña, por Dios! Uy! ¡Que me levanta la tapa!

DOÑA PÍA, examinando el blanco.—Esta sinvergüenza me ha hecho salirme completamente fuera del blanco...Sí, muy alto... Más que altura de hombre. Aquí.....Señala en el muro un punto más bajo. Hace esfuerzos inútiles para sacar el clavo con la mano. Busca en otro cajón de la mesa.—La caja de los fierros con el martillo?.... Disgustada.—Ya la quitaron de aquí....No se puede; no se puede.....

PETRONILA, entra por la puerta lateral.

DOÑA PÍA, ¿Ya, tan pronto? ¿Qué hiciste?

PETRONILA.—Le quité de la espalda la *tasia*, la *tapia*. ¿Quién sabe! No quiso don Ramón que lo curara más.

DOÑA PIA.—Tanto así debes oler a pulque que ni él pudo soportarte.....¿Y dónde está la alcayata que servía para colgar el blanco? ¿No te dije que la afianzaras? ¿Y la caja de los fierros con el martillo, qué se ha hecho?

PETRONILA.—Pues ¡quién sabe! Yo no tengo que ver con alcayatas mi con martillos. Son trabajos de hombre.

DOÑA PÍA, con airado ademán le indica la puerta del fondo.—¡Holgazana! No sirves para nada. A ver si Calixto....—Dos golpes al timbre.

PETRONILA.—Hoy no se debe trabajar. Es fiesta nacional. Revista de tropas, y hay reposo *dromedario*.

DOÑA PÍA, la empuja bruscamente.

PETRONILA, llorosa.—Ay! Que me voy a mi pueblo de Morelos, a la revolufia .. al reposo dromedario.—Sale.

ESCENA 4a.

DOÑA PÍA, CALIXTO.

DOÑA PIA.—¿Qué quiere decir ésta con su "dromedario?"

CALIXTO, por el fondo, cruzándose en la puerta con Petronila y trayendo un periódico cuya lectura interrumpe.—Reposo *eudomadario*, doña Pía, es un reposo especial que no es el dominical, de los domingos.....Es un extra, de entre semana: está en el plan de la revolución.

DOÑA PIA.—No te he llamado para que eches discursos. Trae el martillo y clava más abajo esta alcayata.

CALIXTO, con negligencia.—¿El martillo, señora,? No sé dónde está.

DOÑA PIA.—¡No sabes dónde está! Y eres tú quién se habrá llevado la caja de los fierros!

CALIXTO.—¿Los fierros?..... Yo he venido aquí contratado para cosas domésticas y no de ferretería. Anoche hice de enfermero yendo a deshoras a la botica, por el soponcio de Don Ramón.....Ya es cuestión de dar parte al sindicato.

DOÑA PIA, aparte.—Estos se han puesto de acuerdo. ¡Si no me contuviera!

CALIXTO.—Con la próxima caída de don Porfirio Díaz, las cosas están componiéndose, señora.—Muestra el periódico. Oiga Ud., doña Pía, lo que dice el "*Nuevo Régimen*" sobre el plan de la revolución....

DOÑA PIA, removiendo el interior de un cajón, saca una tijera y manejándola como tenaza, extrae la alcayata.—Mira, flojonazo!

CALIXTO, leyendo el periódico.—"De hoy en adelante, no habrá diferencia entre ricos y pobres" ha dicho el caudillo; lo cual significa que la distribución del trabajo y de los goces debe hacerse entre ellos sobre una base de igualdad; que el peón, el operario, el criado....»

DOÑA PIA, durante la lectura clava la alcayata más bajo, golpeando con el puño de la pistola; cuelga el blanco a "altura de hombre"; va hacia Calixto y le interrumpe la lectura con tal golpe del cañón del arma que desgarra el periódico.— A trabajar, y no a rezongar debían enseñarte esos periodiqueros.—Acerca el arma al rostro de Calixto blandiéndola.—He hecho de la pistola un martillo para clavar, y ahora sólo me falta sacarte con ella, de la mollera podrido, todas esas patrañas.

CALIXTO, amenazador.—Mire, doña Pía, que si usted me busca el genio...

DOÑA PIA, espantada de repente y con la pistola en guardia defensiva.—Ah, no! Calixto; serénate, hombre...Déjame sola.

CALIXTO, dirigiéndose hacia afuera. Aparte.—Bien decía yo que tiene miedo...Mujer de arranques, capaz de matarse o matar, pero si me le planto...

DOÑA PIA,—Anda, Calixto, a ver si algo falta para el lunch.

CALIXTO, aparte.—Ya le daré su lunch...Al cabo ¿a mí, qué? Yo no soy de aquí. Mañana me voy a Morelos. ¡Y que viva la revolución! ¡Que viva don Jorge!—Sale por el fondo, cruzándose con el mayordomo y administrador de Escontzin, ISIDRO PERALES

ESCENA 5a.

DOÑA PÍA, ISIDRO.

DOÑA PIA, poniéndose en guardia frente al blanco.—Una! dos!—Suspende el tiro.

ISIDRO, vestido de charro pobre.—Llegué hoy muy temprano en el nocturno... y dispénseme, Doña Pía, lo sofocado; no me esperaba al entrar aquí, oír el mismo grito que allá en la hacienda.

DOÑA PIA.—¿Qué grito es ese, Isidro?.

ISIDRO.—¿No oyó Ud, a ese muchacho, mi ama? "Viva la revolución! viva don Jorge"! decía al salir.... Pues eso mismo gritan los sublevados de la Ermita.

DOÑA PIA.—Tres! Dispara.—Están más locos que los demás esos animales!—Va a reconocer su tiro en el blanco.—Bueno! Dí en el negro central...Todos gritan "Viva la revolución!" Es una enfermedad. Pero gritar "viva don Jorge" es una estupidez. ¿Qué tiene que ver Jorge en este entierro?

ISIDRO.—Dicen que don Jorge les ha de poner el pueblito y sus egidos por lo menos en el estado en que se los dejó su señor padre don Evaristo (que Dios guarde)

DOÑA PIA —Visiones! Quieren más agua de riego, más y más pastos, muchas medierías en la hacienda. ¡Qué sé yo!.

ISIDRO.—Esperan que don Jorge les haga justicia contra su tío, el amo don Ramón...

DOÑA PIA.—¿Y por qué no agregas "y contra Ud. doña Pía?" Mi esposo Ramón y yo, somos una conjunta persona en derecho.

ISIDRO.—Pues bien, sí, contra usted, y don Ramón.... que repongan los linderos tal como los estableció don Evaristo; que el potrero del Guajolote...

DOÑA PIA.—Cállate, Isidro, por Dios! Que no me toquen al "Guajolote", el mejor agostadero! Va hacia el plano de la hacienda, lo cuelga y señala el potrero.—¡Míralo qué hermoso! Casi una caballería de pasto; cuando se echa al ganado, se pone así.....Ademán indicativo de la gordura.—como un guajolote hinchado. Fijándose de nuevo en el trazo de la barranca. Aparte. Oh! Esa barranca! la quiero y no la quiero ver!

ISIDRO.—Y como creen que don Jorge se canteará por la repartición.....

DOÑA PIA.—Ola! ¿Repartición!

ISIDRO.—Pues sí, señora: que como el potrero es tan espacioso, Don Evaristo les había cedido un cacho para abono y sembradío.

DOÑA PIA.—¡Esa sí que fué guajada! Mejor engordar bueyes que indios.... Además, no tienen de qué quejarse. Buen dinero contante nos ha costado el comprarles otros retazos para redondear la hacienda.

ISIDRO.—A mi modo de ver, Doña Pía, ese dinero los ha pervertido.... Yo no entiendo gran cosa de cuestión social; pero he leído un poco y he pensado algo. No creo que con compritas y halagos de dinero se pueda arreglar a la indiada.

DOÑA PIA.—Sí: ya sé que todos en Escontzín se vuelven contra nosotros, los amos. Tú también; desde que la diste por el socialismo....

ISIDRO.—Mi socialismo es como el del padre Mateo; se inspira en el Evangelio.

DOÑA PIA.—Ese padre Mateo es un estrambótico que me horripila. No me hables de él; habla de tí mismo....No eras más que llavero y te hicimos mayordomo....

ISIDRO.—Porque el mayordomo se fué.

DOÑA PIA.—Luego te hicimos administrador.

ISIDRO.—Porque tampoco el administrador quiso quedarse.... Yo, por mí solo, he quedado haciendo de todo: de llavero, de mayordomo y de administrador.... No sé qué va a pasar. Las dificultades aumentan. Los de la hacienda se van al pueblo; los del pueblo quieren venirse sobre la hacienda. Todos aclaman a Don Jorge: unos por el recuerdo de su padre don Evaristo; otros porque lo creen inclinado a la repartición... Ya sabe Ud. doña Pía.... Las doctrinas modernas....

DOÑA PIA.—Contra las doctrinas modernas tenemos las armas modernas. Guarneceremos a Escontzín de ametralladoras. Una en cada tronera.

ISIDRO.—Pues ya es tiempo, que la cosa se puso fea.

DOÑA PIA.—A ver, cuenta! ¿Qué sucedió?

ISIDRO.—Pues que ayer, al caer la tarde, se acercó a la hacienda una partida de la Ermita. Es gente que no concibe la revolución sin algo de Virgen María. Pretenden que la misa del domingo se ha de cantar como antaño en su iglesia y no en la nuestra. Que allá debe volver la imagen de la Guadalupe.

DOÑA PIA.—Fue idea de Ramón cambiarla de iglesia para hacerles venerable la hacienda.

ISIDRO.—No están persuadidos. Venía el pelotón armado a medias con garrotes y mosquetes; a medias con chirimías, tambores, hachones encendidos. Tiraban de un burrito empenachado de flores, y en su aparejo, forrado de trapo tricolor, traían las andas destinadas a llevarse a la Guadalupana.

DOÑA PIA.—¡Qué brutos! Era de que a todos y a cada uno se les pusiese el aparejo del burro!

ISIDRO.—Traté de calmarlos y me estrellé contra el tumulto. Requirieron que les abriese la iglesia. No estaba el padre Mateo. Andaba en la confesa por el rancho del Carrizal; y decidieron que a falta de llave debían forzar la entrada. Pero al ruido, y al amago incendiario de los hachones, se entreabrío la puerta y apareció Nieves "la loca."

DOÑA PIA.—¿Qué andaría haciendo allí esa chiflada?

ISIDRO.—¡Cosas de ella! Vigila la iglesia más que su cuarto. El padre Mateo ha tenido que darle doble llave, y los rumores del ataque la hicieron encerrarse dentro, levantando entre el altar y la nave una barricada de sillas, bancos, tablones.... Conque abrió la puerta y con los ojos saltados, pálida como cera, en silencio, abrió los brazos con aquel su modo que parece como si estrechara a una criatura contra el seno.... Los más malos se fueron *patrás* y todos con ellos gritando; "Viva Nieves! viva Don Jorge!"

DON RAMON, por la puerta lateral, saca medio cuerpo, en bata y gorro de dormir, con aspecto de enfermo. Desaparece luego y vuelve a asomarse en actitud de escucha.

DOÑA PIA.—¡Bonita farsa! ¿Y en qué paró?

ISIDRO.—No paró en eso. Como el respeto a Nieves les hiciera renunciar a la Guadalupe, resolvieron los pronunciados consolarse atacando la tienda.

DOÑA PIA.—¡La tienda! Peor está! Allí hay mercancías,... y dinero!

ISIDRO.—Unos mil pesos para cinco rayas.... Forzaron la puerta y comenzaban a saquear.

DOÑA PIA.—Saqueo! ¡Y no lo impedías con la peonada!

ISIDRO.—La peonada de la hacienda....mucha se ha ido; la que queda está descontenta. Se unió a los del pueblo.

DOÑA PIA.—Pues llamar al auxilio de Cuautla, y fuego contra todos!

ISIDRO.—Para que llegara el auxilio cuando la tienda estuviera vacía.

DOÑA PIA.—¡La vaciaron! Y tú allí, de estafermo.

ISIDRO.—¡No, señora! cálmese; no la vaciaron ni sirvo yo nunca de "estafermo". A la violencia opuse algo mejor que otra violencia inútil: el recuerdo de Don Evaristo.

DOÑA PIA.—Siempre con tu Evaristo .....

ISIDRO.—Sí, Doña Pía; sólo para aconsejarles que no frustraran con robos de bandidos las reivindicaciones legítimas por las tierras....

DOÑA PIA;—¡Basta! Ya te veo venir con tus razones socialistas, revolucionarias; las que has aprendido en tus lecturas y libros anarquistas.

ISIDRO.—El caso es que con ellas impedí el saqueo. Nada se perdió de la tienda....

DOÑA PIA.—Eso es lo que falta ver para que sepamos lo que valen tus discursitos....Nada de discursos. ¡Pura bala rasa!

ISIDRO.—Hay quienes creen, señora, que el pueblo mexicano es de los más fáciles de dirigir, si se le educa....Entonces, ¿por qué matarlo?

DOÑA PIA.—Se acabó...No quiero que me eches a la cara tus connivencias con los revoltosos de la Ermita...Si es preciso, se te arreglará tu cuenta y la de los demás descontentos. Llevaremos a Escontzín todo un personal nuevo, saneado.

ISIDRO.—Es decir, doña Pía, que Ud. me despide.....

DOÑA PIA, vacilante.—Ya veremos. Por ahora no se puede decidir nada. Vamos a tener presentación matrimonial...Espera por allí, en los corredores. Voy a consultarlo con Ramón.

ISIDRO.—Muy bien, doña Pía. Espero sus órdenes.—sale por el fondo.

ESCENA 6a.

DOÑA PIA, DON RAMON.

DOÑA PIA, yendo hacia la puerta lateral y encontrádose con don Ramón.—Ramón! Iba a tu cama para ponerte al tanto.

DON RAMON, avanzando lentamente, con esfuerzo y dejándose caer en el diván.—¡Lo sé todo, Pía! Desde mi cama empecé a oír, y me levanté para oír mejor. Esto es grave, muy grave!

DOÑA PIA.—¿Vas a comenzar con tus aspavientos? Fuera mejor en tal caso que te quedaras en cama y me dejaras sola contra la tormenta.

DON RAMON.—Has hecho mal en tratar así a Isidro. Casi despedirlo! Es el mejor servidor que nos queda en la hacienda.

DOÑA PÍA.—Lo sería en otro tiempo; pero las lecturas lo han echado a perder....

DON RAMON.—No podemos quejarnos de que sea instruido. Su ilustración y la del padre Mateo nos han servido para dominar tantos años a los ignorantes. El día en que su ascendiente nos falte....

DOÑA PIA.—Ya los dos se van al lado de ellos. Necesitamos cambiar de gente....

DON RAMON.—¡En que circunstancias! Cuándo la revolución se viene encima y cuando va a comenzar la zafra. No me negarás que nuestra situación se agrava.

DOÑA PIA.—¿Qué nos hacen esos indios con sus bullangas? Contamos con los jefes políticos de Cuautla y de Yautepec. El de Cuautla, don Sempronio ¿no es hasta nuestro compadre?...El Gobernador Canuco está con nosotros a partir un piñón desde la tamalada en Cuernavaca....Si fuera preciso, iríamos a él, y por medio de él, hasta el Caudillo....Nos darán un batallón para defender la hacienda....Ya los quisiera ver delante de los federales a esos indios huarachudos, indecentes....Ah! ¿Conque propios, egidos, tierritas que poder chamuscar en francachelas? ¡Qué tierras les había yo de dar! Fierro, puro fierro!

DON RAMON.—Me da pena oirte hablar así....pena y remordimiento. ¡Nuestros derechos a la tierra que poseemos son tan inciertos!

Doña Pia.—Inciertos, porque no les das base. Con tu carácter irresoluto serías capaz de dejarnos en la calle a nuestra Enriqueta y a mí. Yo he hablado con abogados de primera, de los que están mejor con el Gobierno; les he expuesto nuestro caso, y dicen lo que Chucho Espino....

Don Ramon.—¿Qué dicen? Si no es más que lo del licenciado Espino, sólo serán falsedades halagadoras....

Doña Pia.—Nada de falsedades. Hacen simplemente el análisis de los hechos. Muy sencillo. Hace veinte años(estábamos recién casados)te asociaste a tu primo Evaristo para la explotación de la hacienda de Escontzín que había él heredado. Llevaste a la sociedad diez mil pesos y tu trabajo. ¿No es eso?

Don Ramon.—Cierto. Pero ¿a qué recordar?

Doña Pia.—Es preciso. ¿Te parece poco diez mil sonantes y contantes cuando Evaristo estaba tronado o poco menos?

Don Ramon.—¿Qué eran diez mil pesos tratándose de una hacienda de más de un sitio de ganado mayor, toda ella productiva?

Doña Pia.—En aquel entonces esa suma representaba mucho para Escontzín arruinada... Apenas valdría de treinta a cuarenta mil pesos.

Don Ramon.—Cuarenta mil pesos los producía Escontzín, líquidos, en un año!

Doña Pia.—¡Qué vale eso contra el "Avalúo retrospectivo" de que habla Espino, hecho por ingenieros amigos, muy competentes! A poco andar, la hacienda resultaba casi nuestra por la hipoteca.

Don Ramon.—No había hipoteca...

Doña Pia.—"Hipoteca tácita" dice Chucho Espino, y con él Don Serapión y otros licenciados de primera...

Don Ramon.—Sólo en dos años sacamos de utilidades, fuera de nuestros gastos de vida, más de los diez mil. Con mis productos he comprado esta casa.

Doña Pia.—No hay documento de que Evaristo haya solventado su deuda. Allí tienes... Eres incapaz de hacer valer tu dinero y tu trabajo. Nos dejarías en la miseria. Afortunadamente, yo me ocupo. No hay división; no puede haberla desde el momento que nuestra hija se casa con Jorge...

DON RAMON, turbado, con desmayado aliento.—Mira, Pía; ese matrimonio me remuerde casi tanto como aquel crimen.

DOÑA PIA, con sobresalto.—Ya vienes con tu tema! De una vez por todas ¿qué culpa tenemos en que a Pioquinto o, como dicen, a Lucas "el puntillero", se les haya ido la mano? ¡Cosas de ellos! Pioquinto, hermano de Nieves; Lucas, su antiguo novio despreciado... Razones tenían para estar celosos de Evaristo. Lo mataron. ¿A nosotros qué?

DON RAMON.—A nosotros se nos acusa de haber pecado; por aquello de que tanto peca el que mata...

DOÑA PIA, descompuesta.—La vaca, como el que le tiene la pata. Acaba, acaba. Nomás falta que me acuses a voz en cuello. Amenazadora.—¡Cuidado, Ramón!

DON RAMON.—Y después de haber contribuido... quién sabe hasta qué punto al asesinato de mi primo, vamos a imponer a su hijo este casamiento!

DOÑA PIA.—No hay imposición. Ha aceptado que lo presentemos como novio de Enriqueta a nuestras amistades.

DON RAMON.—Abuso...Es ese un abuso de su inexperiencia. Este muchacho acaba de llegar de Europa. Le vendamos los ojos sobre su origen y situación al mandarlo. Se los volvemos a vendar al regreso. Está como aturdido y aprovechamos de su aturdimiento para echarle en brazos a nuestra Enriqueta. ¿Qué sucederá después, cuando pasada la irreflexión, se dé cuenta de haber contraído un matrimonio de interés?

DOÑA PIA.—De interés mutuo.

DON RAMON.—De interés nuestro. No podemos menos de considerar a Jorge como un rico heredero. Sus derechos a la hacienda...

DOÑA PIA.—Son derechos en el aire...El mismo no sabe a punto fijo cómo nació ni lo que le toca.

DON RAMON.—¿Y qué sabemos nosotros si esos amotinados que gritan en Escontzín "Viva Don Jorge!" no trabajan por abrirle los ojos?...Luego, el crimen no sirvió para ponernos en posesión del testamento de Evaristo...pero ese testamento existe...existe por allí, no sé dónde....Acaso en la Notaría....y yo albacea y tutor...

DOÑA PIA.—Visiones! Te estás poniendo insoportable con tus terrores.

DON RAMON.—Ah sí; terrores de una muerte impenitente, en pecado mortal...Anoche...¡Qué noche, Dios mío! ¡Y cómo me reprochaba a mi mismo no haber obrado en conciencia!...

Resuena en el patio ruido de automóvil.

DOÑA PIA.—Oigo el ruido del automóvil que regresa. Enriqueta viene. No es bueno que se entere de estas cosas...

DON RAMON, sacudido por acceso de tos, se levanta penosamente—Ya no puedo; esta discusión me ha rendido. Voy a tomar mi cucharada.—Viendo al reloj.—Las once ya !y no llega el doctor Praga...Tendré que mandarlo llamar.Me siento muy mal.—Sale por puerta lateral.

ESCENA 7a.

DOÑA PIA, ENRIQUETA

ENRIQUETA de sombrero y velillo, tal como bajó del auto—Tú aquí sola mama... No te acuerdas de los invitados.

DOÑA PIA.—¿Algunos han llegado?

ENRIQUETA.—Oí que conversaban con animación en la sala. Se entretienen....

DOÑA PÍA.—¡Y Berta que no avisa!

ENRIQUETA.—Berta, yá, yá! Por allí andaba charlando con Isidro....Pero, mamá, ¿insistes en detener a las visitas para la comida?

DOÑA PÍA.—Para el lunch; sólo para lunch, porque cierto: imposible dar una comida con estos criados . . . .También se ha pronunciado la cocinera. Esa diantre de Pascuala se ha vuelto zapatista.

ENRIQUETA.—Lo mejor hubiera sido no convidar a nada, ni arreglar esta presentación.

DOÑA PÍA,—¿Qué ha pasado, Enriqueta? Qué significa este cambio tan brusco? No hace muchos días que parecías deseosa de apresurar tu enlace con Jorge . . . Tu también te pronuncias!

ENRIQUETA.—Es que he estado viendo que Jorge y yo.... no nos entendemos!

Doña Pia.—¿No se entienden? ¿Algún disgusto acaba de ocurrir entre ustedes, en su paseo a Chapultepec? Le habrás contrariado con tu geniecito.

Enriqueta.—¡Qué! ¡Ni a pelear se presta! Los buenos novios saben pelear para quererse luego. Por eso me gusta Chucho Espino....De cuando en cuando una buena peleada.

Doña Pia.—Cállate! Ni mientes al licenciado Espino. Hay que sacártelo de la cabeza.

Enriqueta.—Pero, mamá; ese siquiera parece de carne y hueso; mientras que Jorge, un primo, y primo segundo, tán distraído; es un novio vaporoso, que anda por las nubes. Además. . . .

Doña Pia.—¿Además qué? No me ocultes nada de tus fantaseos.

Enriqueta.—Realidades, mamá. No hay duda que Jorge quiere a Berta.

Doña Pia.—A Berta! La hija de Pioquinto.... esa desgraciada....

Enriqueta.—Sí. mamá. No desperdicia la ocasión de mostrarle un cariño que me ofende...Ahora que llegamos, como Jorge la viera en el corredor, se le fueron los ojos trás ella y ya no hizo caso de mí...

Doña Pia.—Quita allá, tonta. Será por burlarse de la pobre! ¿Qué tiene que ver?.

ESCENA 8a.

Dichos, El Doctor Praga.

Doctor Praga, por el fondo, deteniéndose en el dintel. Saluda.—Doña Pía... Enriqueta...

Doña Pia.—Pase ud, doctor.

Doctor Praga, avanzando.—Están ustedes de banquete, según he visto la mesa...

Doña Pia.—Banquete! Los tiempos no són para eso, doctor. Solo se trata de beber una copita con los amigos, a la salud de un noviazgo que se formaliza....

DOCTOR PRAGA.—¿El de Enriqueta y el licenciado Espino?
DOÑA PIA.—No ha habido nada con Espino. ¡Niñerías!
ENRIQUETA, mecánicamente.—Nada con Espino...
DOÑA PIA—Es con su primo Jorge.
DOCTOR PRAGA, sorprendido y no agradablemente.—Ah! ¿Con Jorge?—Corrigiendo su primer movimiento.—Sea para bien, señorita Enriqueta! ¿Y cuándo es la boda?
ENRIQUETA.—Eso es cosa de papá y mamá.
DOÑA PIA, a Enriqueta.—Tuya también, cosa tuya sobre todo, hija. ¿Y por qué no le dices al doctor que va a ser muy pronto?
ENRIQUETA, pasiva.—Sí, muy pronto.
DOCTOR PRAGA, nervioso.—Bueno! Tanto mejor!...
DOÑA PIA.— Y supongo, doctor, que nos acompañará Ud. al lunch de presentación.
DOCTOR PRAGA.—Perfectamente... Pero don Ramón? Me han hecho Uds. olvidar mi deber profesional.
DOÑA PIA.—Pasó mala noche. Acaba de retirarse a su cuarto. Lo espera a Ud. ...Adelante, doctor; ya le sigo....
EL DOCTOR PRAGA, sale por la puerta lateral.

ESCENA 9a.

DOÑA PIA, ENRIQUETA.

DOÑA PIA.—Hija ¿pŏr qué has estado tan desgarbada con el doctor?
ENRIQUETA.— ¿Cómo quieres que esté, mamá, si no me dejas...Haces de mí una muñeca.
DOÑA PIA.— Porque no veo que dirijas bien tu iniciativa cuando alguna vez quieres moverte por tí misma. No comprendes tus intereses. . . . —Empuja suavemente a Enriqueta hacia el fondo.— Anda, ve a areglarte para el lunch... Se detiene y escucha de fuera. Me parece oir en la sala, la voz de Clara Estévez-... y la de Toña Gómez. Que no te hallen de sombrero y capota. Anda; te pones una flor blanca en el peinado, algo que anuncie la boda...

AMBAS se acercan a la puerta del fondo.

ENRIQUETA.— Boda de interés... Iré a ella como a un negocio,

DOÑA PIA, reprensiva.— Enriqueta!

ENRIQUETA.— Lo dicho....Mejor me hallaba yo con Chucho Espino que con el primo segundo!

DOÑA PIA.— Espino sí que quiere negociar con nosotros.

ENRIQUETA, en el umbral del fondo, viendo hacia fuera.— Mira, mamá ¿no te lo decia?... Jorge en plática con Berta.

DOÑA PIA, observando hacia fuera.— No sólo con ella, sino con Isidro.

ENRIQUETA.— Berta se ha compuesto para salirle al encuentro. Mírala qué coqueta, con su collar de plata y el medallón en que guarda aquel retrato....

DOÑA PIA.— El retrato de Nieves la loca.... ¡Vaya una ridiculez!

ENRIQUETA.— "De mi tía Nieves", así dice ella.... pero ¡qué conversación tán animada tiene!

DÑA PIA.— Han de estar chismeando. Isidro y Berta tienen cara de chisme ardiendo.

ENRIQUETa—Y la cara que pone Jorge!...., muy preocupado.

DOÑA PIA.— ¿Qué ha de ser, sino que le ponen al tanto de lo que pasa en la hacienda?

ENRIQUETA.— Y ahora se queda contemplando a Berta; mira fijamente el retrato del medallón.

DOÑA PIA.— Es preciso cortar eso.— Avanza un poco hacia uera y elevando la voz.— Berta! ven aquí! — A Enriqueta.— Conque arréglate pronto y luego a la sala... Déjame sola con ésta para ponerla en su lugar.

ENRIQUETA, sale por el fondo.

ESCENA 10a.

DOÑA PIA, BERTA

BERTA cuidadosameute aliñada y con un medallón al cuello.—Doña Pia, allí está la familia Gómez, las Estévez...

DOÑA PÍA.— Ven aquí malcriada. ¿No te dije que te fueras a la costura?.

BERTA.—También que acabara de arreglar la mesa. Está hecha. Venía a anunciar....

DOÑA PÍA.— Y en el camino te pones a charlar con Isidro...

BERTA.— Que me detuvo.

DOÑA PÍA.— Y con Jorge.

BERTA.— Me detuvo también cuando yo venía.

DOÑA PÍA.— Eso es! Para irte de tertulia sí que sirves. Te estas poniendo inaguantable. ¿Y qué significan esos coloquios?

BERTA—. Considere Ud., Doña Pía. Yo creía a mi padre muerto desde hace mucho, y me va saliendo Isidro con noticias de que vive.... que anda en la revolución.

DOÑA PIA, turbada un instante, se repone.— Pioquinto .... un loco, asi tanto como tu tía Nieves, que cayó preso por ..... cargos cuando la muerte de Evaristo. Se escapó; y desde entonces ha andado por todas partes, á salto de mata.... ¡Lo que no haría! Apenas se ha ocupado de tí.... Perdiste a tu madre en la niñez. No tenias nada ni a nadie. Te recogimos y así nos pagas!

BERTA.— Yo no sé cómo, señora, cómo habré de redimir mi deuda.... Trabajo todo el día para la casa.

DOÑA PIA.—¡Vaya un modo de trabajar¡ Te emperifollas; a la menor oportunidad te cuelgas ese dichoso medallón que hace un momento te servía para coquetear con Jorge.... ¡Cuidado! nada tienes que ver con él. Guarda tu lugar de pobre arrimada.

BERTA, con amargura.— A falta del retrato de m madre muerta, nada más natural que sienta yo placer en llevar conmigo el de mi tia Nieves que me sirvió de madre en los primeros años....

DOÑA PIA.— ¿Y para qué metérselo a Jorge por los ojos?

BERTA.— ¿Puedo impedirle que lo tome y se le quede viendo?.... Debo decirle a Ud. que para Jorge no es ya un misterio....

DOÑA PIA, violenta.— No digas más, deslenguada. Y para que ya no andes armando escándalo, te voy a quitar ese adefesio.—Le echa mano al medallón

BERTA, resistiendo.— No; eso nó!

DOÑA PIA, más violenta.— Si no me lo das, te lo arranco. Será preciso echarte de esta casa donde no eres más que una intrusa.

AMBAS sostienen una lucha rápida. Se adivina que Berta, más débil, será dominada.

ESCENA II a.

DICHOS, JORGE, luego DON RAMON y el DOCTOR PRAGA.

JORGE, precipitándose por el fondo y defendiendo a Berta con energía A Doña Pía.—Deje Ud. a mi prima.

DOÑA PÍA.—¡Tu prima! – Aparte.–Lo saben!

JORGE.—Sí; mi prima hermana. Rechazando a Doña Pía y haciéndola soltar el medallón. Y no toque Ud. el retrato de mi madre!

DON RAMON, a medio vestir, con aspecto de intenso sufrimiento y el DOCTOR PRAGA, entrando por la puerta lateral, presencian la escena con silencioso estupor.

DOÑA PIA, despechada e irónica, a Jorge. —¡Quién había de decir que te declararas hijo de una loca! Allá veremos,...

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero. En la mesita del estrado un servicio de té.

ESCENA 1a.

DON RAMON, DOÑA PIA, JORGE y el DOCTOR PRAGA.

DON RAMON en el mismo traje de bata y gorro del primer acto, sentado en el sofá y DOÑA PIA, en un sillón á su lado, toman el té y hablan en voz baja.—JORGE y el DOCTOR PRAGA, al lado opuesto, conversan de pie

DOCTOR PRAGA.—Sí, Jorge, traté y estimé a su padre Don Evaristo. Figúrese si no me interesaré por Ud. Pero también soy el médico y amigo de su tío don Ramón.

JORGE.—¿Y qué dice Ud, de mi tía doña Pía, doctor? ¿Le parece a Ud, natural su violencia?

DOCTOR PRAGA.—Aunque doña Pía me representa un caso de desequilibrio intenso, le debo atenciones, le debo la indulgencia que la profesión nos obliga a extender sobre todas las miserias humanas.

JORGE.—Esa indulgencia no leimpedirá a Ud, así lo espero, darme su opinión respecto a al situación en que me hallo. Suavemente he sido empujado al matrimonio con Enriqueta. Al principio creí en una verdadera inclinación por parte de ella. Traté de coresponderla. Es tán halagüeño un enlace de puro afecto para el que como yo llega del extranjero, tras larga ausencia! Pero voy descubriendo que otro motivos, extraños al cariño....

DOCTOR PRAGA.—El negocio....vamos! Dígalo Ud.... Sin embargo, no conviene que toquemos ese punto, aquí, al lado de sus tios de Ud. Iremos fuera.— Se dispone a despedirse de don Ramón y de Doña Pia

DOÑA PÍA, deteniéndolo—Por supuesto, doctor, que, Ud. como Jorge, no dará importancia a un disgustillo de familia....Y no se va Ud! Va Ud. a acompañarnos al lunch.

DON RAMON, con voz débil y entrecortada.—No se aleje ud doctor. Pasaré con ud. a la sala.

DOCTOR PRAGA.— Quédese ud., quieto, Don Ramón. Yá le dije que su estado requiere por ahora tal sosiego que si no se está ud. tranquilo en su asiento, habré de recluirlo en su cama.

DOÑA PIA.—Allá paso a la sala a tomar con Uds. el coguac.— A Jorge.—Tu, Jorge, has que Enriqueta toque al piano el wals nuevo.

JORGE —Así lo haré tía.—Aparte.—Para walses estoy yó!— Al Doctor Praga, mientras salen juntos lentamente, por el fondo.—Conque me va Ud. a dar su opinión... sobre mi matrimonio...

ESCENA 2a.

DON RAMON, DOÑA PIA.

DOÑA PIA .—Este Jorge me resulta pesado. No puede ocultar su orígen materno; tiene bastante de loco.

DON RAMON.—No pudieron educarle mejor en ese Instituto de Lieja, en Bélgica. Ha salido ingeniero industrial, muy instruído, correcto...

DOÑA PIA.—Ah sí! Invéntale cualidades después de la escena que acaba de pasar. Allí se ha visto la sangre india de la madre romper toda clase de cotos. No hay educación que valga, si no se la trae en los pañales.

DON RAMON.—¡Buena estás tú para predicar! Hay que transigir con los hechos consumados. No podemos evitar que Jorge y Berta sean primos hermanos; imposible tampoco evitar que Jorge haya penetrado el secreto de su nacimiento. Sabe ya que Nieves es su madre... y te pones a arrancar del cuello de Berta...

Doña Pia.—No sigas, Ramón! Me exasperas con tus reproches. Siempre te me has de atravesar por delante, como una rémora para la ejecución de mis planes. Quedarnos con la hacienda: eso es lo único que veo.

Don Ramon.—Yo veo que me falta poco para morir. Lo veo en mi debilidad creciente, lo ví en el semblante del doctor Praga, más que en sus palabras ambiguas, al estarme examinando... Debo prepararme a dar cuenta en la otra vida...

Doña Pia,—Es decir, que pensando en irte a la otra vida, te olvidas de que tu hija y yo permaneceremos en ésta. ¡Pués no eres poco egoísta en hacer actos de contrición final a costa nuestra¡

Don Ramon.—Necesito ponerme bien con Dios.

Doña Pia.—¿Y con tu familia? Primero es dejarnos aseguradas las comodidades indispensables.

Don Ramon.—El asesinato del primo Evaristo me atormenta siempre como un clavo que me fuera penetrando el alma pronta a escapársele.

Doña Pia.—¡Ya vuelves!... Pués bien, tú lo quisiste!

Don Ramon.—Mientes! Yo no tuve más que debilidad para impedirlo resueltamente. Me detenías... y tú, en inteligencia con Lucas...

Doña Pia, estrujando a don Ramón y mirando inquieta a la puerta del fondo.—Cállate; que hay invitados en el corredor...

Don Ramon.—Bien sabemos que Evaristo hizo testamento... Un testamento cerrado. En el reconocía a Jorge y lo instituía heredero universal...

Doña Pia.—Ese testamento se ha perdido.

Don Ramon.—¡Qué sabemos! Pero si así fuere, lo que me toca hacer es declarar ante testigos, y si es preciso ante notario, que me consta la voluntad de Evaristo, firmemente expresada, de dejar a Jorge todos sus bienes. A él le tocará únicamente reconocernos sobre la hacienda una hipoteca de diez mil pesos, réditos, etc.

Doña Pia.—No harás semejante barbaridad; te lo juro. Con el matrimonio de Jorge y Enriqueta quedará un solo capital en la hacienda. ¿Para qué dividirlo? Quieres arrebatarnos la riqueza y ponerla toda a discreción del hijo de la loca... Tengo que reprimirme para no ahogarte... Nunca habías hablado así, Ramón!

Don Ramon.—Es que nunca había yo sentido este desfallecimiento....a caso precursor de la muerte.

Doña Pia, levantándose.—Alguien viene.

ESCENA 3a.

Don Ramon, Doña Pia, Licenciado Jesus Espino.

Lic. Espino, deteniéndose en la puerta del fondo.—¿Se puede?

Doña Pia, sobresaltada y dominándose luego.—Aparte.—¡Caramba! ¡Llega Chucho Espino!—A él—Pase ud., licenciado.

Lic. Espino. Dispenien uds. Me ha impresionado de tal modo esta reunión... Vine a ella por curiosidad, creyendo que no tendría importancia; pero por unas palabras que he cruzado con Enriqueta, me he convencido de que se prepara una insigne torpeza...

Don Ramon.—¿Torpeza? Está Ud., algo duro, licenciado. Probablemente sus sentimientos lo hacen hablar así.....

Lic. Espino.—No, señor; no vengo a sentimentalizar, puesto que, hoy por hoy, el matrimonio se trata como un negocio.

Doña Pia.—Pues hablando en plata, Chucho, la unión de Enriqueta con Jorge les conviene para establecerse sobre una base maciza.

Lic Espino.—Es precisamente lo que yo no creo....

Doña Pia.—Conviene que los intereses de Escontzín no se dividan, sino que se consoliden en nuestra familia.

Lic. Espino.—Yo no pretendo meterme en sus secretos de familia. Supongo que don Jorge tenga derechos a llamarse primo de Enriqueta ...primo segundo, natural....

Don Ramon.—Dejaremos eso, que es cosa nuestra.

Lic Espino.—Muy bien, Don Ramón; dejaremos... Pero en cuanto a la hacienda de Escontzín, tengo la convicción de que el peligro de que se pierda para Uds. no viene de divisiones de familia, sino que la revolución se dispone a tomarla, casi toda.

Don Ramon.—Esa revolución, esos movimientos de gente armada no pueden tomarse en cuenta para este asunto. Ud. mismo, hablando aquí de los alzamientos en los Estados de Morelos y Guerrero, los atribuyó al bandidaje,

Lic. Espino.—¿Bandidaje?—Vacila.—Es un decir de las gentes....

Doña Pia.—Sí, licenciado ¿Por qué se hace atrás?....Muy acertadamente trató Ud. de bandidos a todos esos pepenatierras.

Lic. Espino.—Bueno!....En todos los pueblos los movimientos más fecundos comienzan en tumulto.

Don Ramon.—Aquí empiezan y no acaban.

Lic. Espino.—No hay "omeleta" sin huevos rotos.

Doña Pia.—Eso en Francia; aquí hay huevos rotos sin "omeleta"....Pero, en fín ¿a qué viene todo esto?

Lic. Espino.—Esto viene a lo siguiente: algunos indios de la Ermita se han dirijido a mí, para que, como abogado, los patrocine en sus reivindicaciones sobre terrenos de la hacienda de Escontzín. Pretenden que de antaño y especialmente después de la muerte de Don Evaristo, estando la hacienda bajo el dominio exclusivo de Uds., se les ha despojado de una buena parte de sus "propios" y "fundos legales" en beneficio de la hacienda.

Doña Pia.—¡Qué sinvergüenzas! Quieren el potrero del Guajolote....

Lic. Espino.—Puede que quieran más...Lo grave del caso es que estas reclamaciones se producen en vísperas del triunfo de la revolución que ha proclamado la repartición de las grandes propiedades. Escontzín es una de ellas. Los quejosos no necesitan muchos "títulos colorados"....Yo tengo buenas ligas con el partido agrario de la expropiación..... Mis ideas y afectos se concentran en la revolución agraria. Estoy, pués, en condiciones de apresurar o detener el reparto....Francamente, hacen Uds. mal en preferir como yerno a Jorge, quien no está en los negocios ni en la política.

Doña Pia.—Pero si los alzados de la Ermita están dando en gritar "viva don Jorge!"

Lic. Espino.—Porque esperan de él concesiones y lo obligarán a efectuarlas, mientras que a mí....yo estoy en las filas de los repartidores; tengo un puesto al lado de los Gracos mexicanos, y me está permitido....

Don Ramon.—¿Prometer sin cumplir?

Lic. Espino.—No tanto....Resumiendo, yo he querido mucho a Enriqueta, y estaba correspondido....

DOÑA PIA, vacilante.—Ya es tarde, licenciado. Se han tomado dichos y hemos invitado para la presentación.

DON RAMON, fluctuante.—Es cosa decidida....

LIC. ESPINO.—Nada hay todavía de irrevocable. El matrimonio no se ha hecho, ni siquiera las amonestaciones. Sobran motivos que inventar para esta reunión....Si les parece, asistiré a ella. Voy a pasar a la sala y esperaré....Reflexionen Uds.

DON RAMON.—¿Que reflexionemos?

LIC. ESPINO.—Sí; de su decisión sobre el matrimonio de Enriqueta depende mi respuesta a los indios de la Ermita.— Poniéndose en pié y con cierta entonación oratoria.—Es tiempo de que yo tome un partido sobre mis ideales de repartición agraria.

DON RAMON, con aspecto de querer hablar, sufre nuevo acceso de tós y sólo hace con la mano un ademán de fatiga que Espino interpreta como el asentimiento de que pase al salón y espere.

LIC. ESPINO.—Con el permiso de Uds....Mientras tanto ayudaré a entretener a los invitados con algo de música.— Sale por el fondo.

ESCENA 4a.

DON RAMON, DOÑA PIA.

DOÑA PIA.– Qué dices de eso?

DON RAMON.–Este licenciado me gusta....—La tos le interrumpe.

DOÑA PIA.–¿Para yerno?

DON RAMON.–Para sinvergüenza!... Ha urdido su plan de ganancia segura en cualquier evento, como si se tratara de vulgar litigio. Si pierde con nosotros, gana con los indios de la Ermita... Es el "arrivista" que juega con doble baraja. Su amor por Enriqueta, su amor por la revolución agraria, todo falso.

DOÑA PIA.–Debes, sin embargo confesar que el licenciado Espino es hombre talentoso... lo que se llama un "buen partido" y en cuanto a sus planes para medrar ¿qué podemos reprocharle?... Nosotros también hemos planeado...

DON RAMON.–"Hemos planeado!"... Te complaces en provocar mis remordimientos. Mira, Pía...–Con respiración difícil y voz debil.–Tiempo es de que reparemos los males causados al hijo de Evaristo.

DOÑA PIA.–No agotes mi paciencia.–Resuenan dentro preludios en el piano.–Acuérdate que debemos resolver al licenciado Espino; que los invitados nos esperan.–Comienza un trozo de música alegre

DON RAMON.–Lo que voy a hacer.... ¿Sabes lo que voy a hacer con esos invitados?.... Llamarlos para que nos sirvan de testigos en un acto de justicia. Delante de ellos le diré a Jorge: "La hacienda de Escontzín es tuya, enteramente tuya, por herencia directa de tu padre, mi primo Evaristo. Si quieres reconocernos la cantidad que metí en el giro por contrato privado con tu padre, bien está.... Pero entiende que no pretendemos de tu hacienda ni una parcela.... Dueño eres de conceder a los indios de la Ermita los terrenos que reclaman".

DOÑA PIA, colérica.—No harás semejante barbaridad, te lo juro.

DON RAMON.—Después daré forma legal a mi declaración ....Tocante al matrimonio, libre Jorge, libre Enriqueta de decidir por sí mismos, sin la menor coacción de nuestra parte.

DOÑA PIA.—Como si nada nos importara el porvenir de la hija! ¡Quítate; me das asco!...

DON RAMON, más débil y poniendose en pié con esfuerzo.—Aún tengo alientos para hacerlo...O los llamo o voy a ellos...—Da unos pasos hacia la puerta del fondo.

DOÑA PIA, deteniéndolo y empujándolo hacia el sofá.—No harás nada.

DON RAMON, cayendo desfallecido en el sofá.—Vengan! vengan! Jorge!....

DOÑA PIA.—Cállate !—Lo estrangula con ambas manos. Don Ramón se sacude, estertorea y se extiende inmóvil sobre el sofá.

ESCENA 5a.

DON RAMON, tendido inmóvil; DOÑA PIA, DOCTOR PRAGA, JORGE, LICENCIADO ESPINÓ, ENRIQUETA con una flor blanca en el peinado, BERTA, CALIXTO, PETRONILA, ISIDRO; varios caballeros y damas invitados.

DOÑA PIA, horrorizada, viendo a Don Ramón inerte, precipitandose por la puerta del fondo.—¿Qué he hecho? Gritando.—Socorro! Socorro!

Cesa la música de piano y entran los supradichos.

DOÑA PIA.—Que se muere Ramón!.—Al DOCTOR PRAGA.—Venga, doctor! Se quedó de repente. ¿Qué le hacemos?

ENRIQUETA.— Papá, papá! qué le pasa?

DOCTOR PRAGA, examinando a Don Ramón, dirigiéndose a Jorge y al licenciado Espino que se acercan, inquisitivos.—Don Ramón acaba de morir.—Se queda contemplando el cuello del muerto.—Aparte —Rasguños....Marcas digitales....Signos de estrangulación! —A DOÑA PIA.—Qué ha hecho Ud. señora?

DOÑA PIA, bajo la mirada fija del Doctor Praga, se cubre el rostro con ambas manos.

TELON

ACTO TERCERO

La hacienda de Escontzín. A la derecha, la casa habitación. Un corredor en el primer piso; en el segundo un balcón, detrás de cuya vidriera entreabierta, se ve una cortina blanca; más allá ventanas. Hacía el medio del corredor un "arco central" comunicando con dependencias de la derecha. Después del "arco central" un "cepo" con claraboya. A la izquierda, fachada de iglesita con campanario y puerta principal a la cual se asciende por escalinata. Dependencias de la hacienda: tienda de raya, trapiche y trojes. En el fondo árboles de tierra caliente, una colina y a lo lejos el blanco caserio de la Ermita, todo coronado por la cima nevada del Popocatepetl. A la izquierda del fondo, caída de agua y turbina. Troneras y garitones en la azotea de la casa y en lo alto de la iglesia. En un plano más próximo dol fondo una trinchera sinuosa con varias brechas. Arrimados a la trinchera varios peñascos y cerca del cepo dos cajones. Gran árbol, ahuehuete, en el centro, y a su sombra un banco rústico y un "equipal."

ESCENA Ia.

SOLDADOS FEDERALES, unos recostados, con sus fusiles en pabellón; otros de centinela encima y a ambos lados de la barricada. Prima hora de la mañana Un grito en las avanzadas: Centinela, alerta!

CENTINELA 1º—Alerta!

CENTINELA 2 —Alerta!
CENTINELA 1º—Un hombre viene!
CENTINELA 2º—¿Quién vive?
La voz de CALIXTO, tras de la cima.—México
CENTINELA 1º—¿Qué gente?
CALIXTO invisible.—Paisano.
CENTINELA.—2º a Calixto, que aparece trás de la barricada.—Hable con el cabo de guardia.—Al Cabo. Cabo Machorro¡ Aquí está uno.

ESCENA 2a.

DICHOS, CALIXTO, CABO MACHORRO

CALIXTO, con dos petaquillas de mano, penetrando por una brecha.—¡Buenos días les dé dios!

CABO MACHORRO, saliendo por el arco central y señalando las petaquillas.—¿Qué trae allí?

CALIXTO.—No hay cuidado; petaquillas de viaje. Una de don Jorge, otra del doctor Praga.—Las abre Qué había de ser! Ropas de uso.....Ya me las registraron en las avanzadas, como si los federales fueran aduaneros y yo no fuera quien soy.

CABO MACHORRO.—Pues ¿quién es Ud?

CALIXTO.—Vamos, cabo! Parece ud. caído aquí de la cumbre del Popocatepetl. Soy Calixto Machuca, viejo criado de la casa. Desde chiquillo conozco a la familia, al difunto don Evaristo.—Tendría mucho que contarle...Ahora estoy con don Jorge que se quedó en México al venirse acá doña Pía con la niña Enriqueta y el licenciado. ¿Por supuesto que el casorio?.....

CABO MACHORRO, señalando la iglesia.—Allí enfrente se hizo hace ocho días el casamiento del licenciado Espino y de doña Enriqueta....Pero no me han puesto aquí de plantón para noticiero. Soy el cabo Machorro; y el cabo Machorro es de linea y por escalafón....Estuvo de leva en Tecoac y derrotado con gloria....Andando el tiempo me hicieron cabo, y allí me clavé. No he pedido avance, porque no me gusta hablar. Siempre callado y muy "circunspeuto"....Cabo Machorro, para servir a Ud....Sólo por rareza suelo curiosear. A ver! ¿A qué ha venido?

CALIXTO.—Vine en el nocturno acompañando al amito don Jorge y al doctor Praga. Se quedaron a desayunar en la parada y hasta creo que van a dar una vuelta por la Ermita. Me mandaron que viniese delante con las maletitas. Las va a colocar sobre las cajas.

CABO MACHORRO, deteniéndolo.—Cuidado! No poner allí nada que choque. Están rellenas de dinamita.

CALIXTO, conservando las petacas.—Caracoles! ¿Conque dinamita! Se dirige hacía la casa por arco central.—Voy a ver por acá....

CABO MACHORRO.—Aún no se levanta nadie de la familia. Es temprano. Después de media noche se fué a acostar doña Pía.. Allí.—Señalando el balcón de la derecha.—Desde el balcón de su cuarto estuvo vigilando....Como que se esperaba un ataque; y esa señora es de las que huelen la polvora....La niña Enriqueta y el licenciado Espino se levantan tarde, y con razón....Recién casados.

CALIXTO.—No tenga miedo de que los vaya a despertar.—Sigue hacia la casa.—Voy a dejar la carguita....A ver si topo con don Isidro.

CABO MACHORRO.—Ya no hay don Isidro que valga. Se pasó a la Ermita donde lo han hecho autoridad, nada menos que Presidente Municipal....Los caporales, los gañanes, todos huídos....Unos pronunciados, otros dispersos. Sólo quedan de la peonada algunas viejas para sostener la devoción a la virgen de allí enfrente.—Señala la iglesia.

CALIXTO.—Para eso basta con el padre Mateo.

CABO MACHORRO.—Firme en su lugar el padrecito....No tarda en llamar al Ave María:

CALIXTO.—Olvida lo mejor, cabo: Petronila.

CABO MACHORRO.—Muy cuadrona! Allí vive dentro, con la tía Espiridiona.

CALIXTO, aparte.—Aquí esta todavía ella! No latas, corazón!—Al cabo.—¿Y la niña Berta?

CABO MACHORRO.— La niña Berta.... Tiende la vista por el arco central hacia el establo.—Mírela allá....Pocas como ella de madrugadoras al trabajo.

CALIXTO, atento al sitio indicado.—Está ordeñando!

CABO MACHORRO.—La vaca prieta....Todo el santo día Doña Bertita no para de trabajar.

CALIXTO.—Y allá en la fuente, Nieves!....

CABO MACHORRO.—La loca....va usted a ver como se viene para acá con su cántaro lleno.

CALIXTO.—De veras que se viene. ¿Cómo sabe?

CABO MACHORRO.—Ha dado en regar todas las mañanas este ahuehuete; después se va a la iglesia....

ESCENA 3a.

DICHOS, NIEVES "la loca", entrando, por el arco central, con un cántaro al hombro.

CALIXTO.—Buenos días, doña Nieves.

NIEVES, silenciosa, abstraída, no responde al saludo de Calixto ni parece verle.

CABO MACHORRO.— Siempre callada; no responde.

NIEVES, da vueltas en torno del árbol hasta vaciar el cántaro al pie del tronco.

CALIXTO.— No le conocí yo esta manía.

CABO MACHORRO.— Como el ahuehuete blanquea más y más con el heno, cree que se va a morir de viejo. Cuentan que hará cosa de un año viene todas las mañanas a regarlo.

CALIXTO.— Ora me acuerdo que a ese asiento le llamaban "el equipal de Don Evaristo;" porque en él le gustaba sentarse al difunto.....

CABO MACHORRO.— Ahora va a la iglesia.

NIEVES, saca del "seno" una llave, va a la iglesia y abre. Se introduce cerrando la puerta tras de sí.

CABO MACHORRO.— Ha sido preciso que el padre Mateo le dé esa llave para no tener que abrirle él mismo todas las mañanas. No hace más que entrar, dar un vistazo al altar y salir luego.— una pausa.- Mírela.

NIEVES, sale de la iglesia, cierra, toma la regadera dejada al pie del arbol y se vuelve. con los ojos entrecerrados, por el mismo camino.

CALIXTO.— No quiere ver a un mundo tan malo. Sobre asesinar al amo Don Evaristo que iba ya a casarse con ella, le arrebataron a su hijo.

CABO MACHORRO.— Algo sé de todo eso. Pero ¿a mi qué me importa?

CALIXTO, viendo a Nieves desaparecer por el arco. ¿Y ésta es aquella Nieves tan hermosa !Ha encanecido más que el ahuehuete....¡Pobre vieja!

ESCENA 4a.

CALIXTO, CABO MACHORRO

CABO MACHORRO.— Todos esto s intríngulis no me resultan. ¿Qué me gano con saber cómo se ha vuelto loca esta señora?

CALIXTO.— Es una historia terrible, cabo. . . .

CABO MACHORRO.— ¿Por lo de chiflada? No tan terrible... Todas las señoras lo están más o menos. . . . ¿Y qué se vá a asustar el cabo Machorro (para servir a Ud) veterano en las lides, con que una de tantas pierda la cabeza, si al fin y al cabo la guarda?....En la guerra sí que es terrible. . . .Así por ejemplo, en Tecoac...Allí, cerca de mí, un sargento fue descabezado por la metralla. No ha vuelto a encontrar su cabeza, mientras que esta doña Nieves la trae entre hombros.

CALIXTO.—Más le valiera que se la hubieran agujereado como a don Evaristo.

CABO MACHORRO.—A ver, cuente. Yo no tengo pelo de curioso; pero en comenzando a rascar.....Conque esos amores de don Evaristo y Nieves enfurecieron a Pioquinto, hermano de la loca.

CALIXTO.—Es lo que inventaron para despistar a la justicia. Lo cierto es que el padre de la niña Berta, no es mal hombre sino muy desafortunado.

CABO MACHORRO.—¿Quien sabe! En este pícaro mundo ya se ha visto a un buitre engendrar a una paloma.

CALIXTO.—Todo estaba arreglado; Pioquinto se resignó desde el momento que don Evaristo hizo promesa de casarse con Nieves y dió pasos para reconocer al niño Jorge y nombrarlo heredero. Pero los malvados acechaban.

CABO MACHORRO.—¿Qué malvados?

CALIXTO.—No se sabe si tambien don Ramón; pero de seguro doña Pía y Lucas el puntillero....

En el balcón resuena un grito de doña Pía y se agita la cortina blanca

CABO MACHORRO, viendo al rededor.—Alto ahí! ¿Quién grita?

CALIXTO, viendo con fijeza al balcón.—Parece que el grito salió del balcón y se movió la cortina. ¿Dice Ud., cabo, que ahora es ese el cuarto de doña Pía?

CABO MACHORRO.—Su cuarto es.....

CALIXTO.—¡Diablo! Y yo que me fuí de boca....¡Si me habrá oído la jefe!

CABO MACHORRO.—Aquí no hay más jefe que mi teniente Correón...Doña Pía le ha dejado parte de su habitación y todo el mando en la hacienda. Es el estado de sitio en toda su pureza...dende que la rancherada se pasó con los pronunciados de la Ermita...*Pos* que doña Pía alambrazo y alambrazo a México pidiendo auxilio; que nos venimos de rondón y nos encontramos con la olla hirviendo.....Cincuenta federales contra una pronuncia que sube cada día. Ya llegan a quinientos y no les faltan maussers. Vamos a circunvalarnos de dinamita.—Señala las cajas.—Mil cartuchos ahí dentro para minitas.....Pero punto en boca; no he de hablar más....Cabo Machorro, muy *circunspeuto!* Arr!!!

CALIXTO.—Bueno, cabo; voy a dejar por allí mis petaquitas . . . No debe tardar el amo don Jorge. Prevendré primero a Petronila.—Se va hacia el fondo, a la derecha, sin desaparecer.

ESCENA 5a.

DICHOS, EL TENIENTE CORREON.

TENIENTE CORREON, por el arco central.—Cabo Machorro!

CABO MACHORRO, cuadrándose.— Muy a la orden, mi teniente Correón!.

TENIENTE CORREON.—Hablaba Ud. con un enemigo.

CABO MACHORRO.—¿Enemigo?.....No, mi teniente. Es un criado de la casa que se llama Calixto.

TENIENTE CORREON.—Sí; un mozo que dejó a doña Pía por servir a don Jorge. Buena maula!

CABO MACHORRO.—Es la misma familia.....

TENIENTE CORREON.—Es Ud. un candoroso, cabo Machorro ¿No sabe que el gringuito don Jorge está en inteligencia con los pronunciados contra el ama doña Pía?

CABO MACHORRO.—Con su venia, mi teniente; el cabo Machorro, para servir a Ud., no se mete en la vida privada de las personas decentes. El cabo Machorro es muy circunspeuto.

En el fondo. Calixto silba con prolongado silbido, llamativo.

TENIENTE CORREON.—¿Quién chifla?

CABO MACHORRO.—Es él: Calixto....Trae el equipaje de su amo y otro señor que van a llegar. Está llamando para que se les prepare alojamiento.

CALIXTO, silba de nuevo.

TENIENTE CORREON.—Ola, ola! Ese Calixto es un zentzontle que necesita jaula.—Imperativo.—Traegámelo aquí, cabo Machorro.—Aparte.—Hay que inventar algo para darle gusto a doña Pía.

CABO MACHORRO, asiendo a Calixto por un brazo y trayéndolo a presencia del teniente Correón.—A la orden, mi teniente.

TENIENTE CORREON, a Calixto.—¿Por qué anda Ud. chiflando?

CALIXTO.—Llamaba a Petronila que me conoce por el chiflido.

TENIENTE CORREON.—¿Y se atreve Ud., cuando la hacienda, en estado de sitio, va a ser atacada?

CALIXTO.—No sabía yo que estaba prohibido chiflar.

TENIENTE CORREON,—Pues para que sepa, lo van alojar a Ud. en el cepo.—Al cabo.—Llévelo al cepo.—*A* Calixto.—Y tenga cuidado de estarse allí quieto, porque al menor ruido...lo paso a filas. Así sabrá cómo chitlan las balas en la línea de fuego.

CABO MACHORRO, conduce a Calixto hacia el fondo y abre la puerta del cepo

CALIXTO, dejando de paso las dos petacas al lado de las cajas, cerca del cepo.—Aparte.—¡Vaya una chifladura!—Señala los bultos.—Allí dejo las petacas, cabo; y sírvase avisarle al amo don Jorge...—Empujado por el cabo desaparece trás de la puerta que se cierra

ESCENA 6a.

TENIENTE CORREON, Cabo MACHORRO, PETRONILA, DOÑA PIA, CENTINELA 1º, "PROPIO".

TENIENTE CORREON, por el fondo, observa el campo con gemelos PETRONILA, por el arco central—. Al cabo Machorro.—Cabo! ¿Dónde está Calixto?

CABO MACHORRO.—¿Calixto?...Pregúntele a mi teniente. Yo...muy circunspeuto.

PETRONILA, al teniente Corrión.—Señor teniente ¿pudiera Ud. darme razón de Calixto Machuca?

TENIENTE CORREON, observando a lo lejos con gemelos.—Qué? Déjeme Ud. ver...¡Cómo blanquéan los pelotones del lado de la Ermita!....Más acá...por el camino real, un jinete; luego dos personas a pie bien vestidas...¡Ellos!

PETRONILA,—Sí, teniente; Calixto ha chiflado; conozco su chiflido.

CENTINELA Iº.—Mi teniente, aquí viene un "propio"

TENIENTE CORREON.—Un "propio"? El de a caballo...A ver qué trae!—A Petronila.—Retírate, muchacha; no estoy para juergas

EL PROPIO, en traje de charro, acompañado del centinela 1o. entrega al teniente una cubierta cerrada.—Mi teniente, de parte de mi capitán Fregoso.

PETRONILA, retirándose poco a poco.—¡De Lucas, el puntillero!

TENIENTE CORREON, abriendo la cubierta, al propio.—Del capitán Lucas Fregoso...¿Vienes de Cuautla?

PROPIO.—Sí, mi teniente; salí anoche a caballo. He corrido a revienta cincho...muy urgente.

TENIENTE CORREON, leyendo aparte.—"Se me ordena de México que me mueva a esa hacienda. amenazada por fuerza mayor. Voy en auxilio con batallón de ciento veinte hombres y dos ametralladoras Saldré de aquí por tren de seis"...—Por el de tren de seis...Es decir que no tarda en llegar a la parada. —Al propio.—Apenas vienes a tiempo...

PROPIO.—Sí mi teniente; me dí tal atascón en el vado de la barranca que a poco me arrastra la creciente; allí dejé en el corral al animalito, algo destroncado...Con el permiso; voy a que le den agua y una sobadita.—Sale

DOÑA PIA, apareciendo en el balcón. En la mano gemelos de campo .—¿Qué ocurre. teniente?

TENIENTE CORREON, acercándose.—Un propio me trae carta de Lucas. Que viene auxilio; llegará luego con batallón y ametralladoras...Está que hierve la gente de la Ermita.

PETRONILA.—¡Que llega Lucas con un batallón! Qué carnicería se prepara, Calixto! ¿Donde estás, Calixto?

CALIXTO, sacando apenas la cabeza por la claraboya.—Aq uí en el cepo...Cállate!|Has como que no me ves. Vuelve más tarde, cuando se vayan estos.

PETRONILA, disimulando su sorpresa. sale por arco central.

DOÑA PIA, observando con los gemelos del lado de la Ermita.—Oh! Sí, mucha gente...

TENIENTE CORREON.—¿Y no ve Ud. a dos que vienen por el camino? ¡Serán ellos!

DOÑA PÍA, cambiando la dirección visual.—¿Por la vía?—Nerviosa.—Sí... Jorge y el doctor! Ya pasaron la barranca y con una calma, como si de paseo!

TENIENTE CORREON.—Voy a dar una vuelta a caballo para explorar...

DOÑA PIA.—Le acompaño a Ud. teniente. Que me ensillen el retinto.—Desaparece del balcón.

TENIENTE CORREON, al cabo Machorro.—¿Ve.Ud., cabo Machorro?...Ocúpese de que ensillen mi caballo; y el retinto para la señora.

CABO MACHORRO.—A la orden, mi teniente.—Aparte.—¡Qué tiempos! ¡El Cabo Machorro de caballerango! Los peones de estribo toman el rifle, y yo....tomo el estribo de doña Pía!—Sale por el fondo derecho.

TENIENTE CORREON, se pasea agitado, parándose unos instantes para observar a lo lejos.—Solo.—Están formándose....Caramba! ¡Si comenzará el ataque antes de que llegue el refuerzo!—Se acerca a la trinchera y dirije la palabra fuera de escena.—Subteniente Gallegos, diez hombres aquí para reforzar las alturas.—Entran diez federales.—Que cinco suban a la iglesia y cinco al garitón de la esquina.—Los diéz se dividen saliendo unos por la derecha y otros por la izquierda.

DOÑA PIA, por el arco central, en traje de charra amazona con ancho sombrero de palma, una pistola al cinto de cuero con tiros (canana). Como fuete, empuña una "cuarta" ranchera.—Debemos regocijarnos, teniente Correón. ¿Ve Ud. cómo me hacen caso los de allá arriba, en el Gobierno de México?

TENIENTE CORREON.—Sí; Doña Pía; se ve que tiene Ud. mucha influencia.... Pero me hubiera gustado que otro jefe, y no el capitán Lucas, mandara el auxilio.

DOÑA PIA.—Es magnífico jefe el capitán Lucas Fregoso. Hasta lo indiqué al Ministerio....

TENIENTE CORREON.—Muy odiado en todos estos pueblos, le llaman Lucas "el puntillero"...

DOÑA PIA.—Ese apodo ya pasó. Fué de los tiempos en que le gustaba torear y acabar a la res con la puntilla.

TENIENTE CORREON.—También a los prójimos.

DOÑA PIA, con fugáz turbación.—Lleva hecha en poco tiempo una brillante carrera de federal. Ya no es más que el capitán Lucas Fregoso.

TENIENTE CORREON.—Como templado, sí que es templado.

DOÑA PIA.—Es lo principal. "En esta guerra de intereses materiales, no hay mas que la fuerza material".... Es lo que dice mi yerno Chucho Espino.

TENIENTE CORREON.—Excelente orador el licenciado Espino, su yerno de Ud, doña Pia. Hace tres meses, cuando las elecciones para diputados, quería salir por Morelos. Y andaba por aquí sosteniendo la reforma agraria de Madero y Zapata; decía: "Amado pueblo! Las tierras pertenecen a los pobres"....

DOÑA PIA.—Cabal! Por eso esta hacienda nos pertenece. Pobres éramos mi difunto Ramón y yo cuando venimos a ella.... Pero dejémonos de discursos, teniente, y vamos a la acción. Este va a ser un día glorioso. Siento ganas, como pocas veces, de montar a caballo y galopar por el potrero... Ese potrero del Guajolote que los indios quieren tomar para siembra... ¡Los muy pillos! ¿En qué se fundan?—En la pragmática de no sé qué rey gachupín y en que el tonto de Evaristo les reconoció el egido. Los vamos a hacer trizas. ¿Verdad, teniente?

TENIENTE CORREON.—Son muchos; y si se les antojara atacar inmediatamente la hacienda, tendríamos que evacuarla.

DOÑA PIA.—¡Evacuarla! ¿Y el refuerzo? No tarda el refuerzo de Lucas.... Vamos, teniente, vamos a verlo llegar. Pronto!.—Se dirige hacia el fondo.

TENIENTE CORREON, siguiéndola.—¿Y ese mozo del cepo?

DOÑA PIA.—¿Calixto? Que se quede enjaulado.

TENIENTE CORREON.—¿Y ese par de señores que vienen?

DOÑA PIA.—¿Jorge y el doctor Praga?.... Son enemigos nuestros... Están como uña y carne con los pronunciados de la Ermita... El licenciado Espino se encargará de echarlos.—Salen ambos.

CALIXTO, asoma la cabeza y silba.

CENTINELA 1°, a Calixto.—¿Qué hubo, amigo? ¿Qué significa ese chiflido?

CALIXTO.—No hay cuidado, centinela. Es para saludar a Petronila.—En el reloj de la iglesia suenan las ocho. Las ocho! ¡Cómo se pasa el tiempo en este maldito cepo!

ESCENA 7a.

CALIXTO en el cepo, El padre MATEO, JORGE, el doctor PRAGA, NIEVES la loca, PETRONILA, CABO MACHORRO, mujeres devotas y niños, centinelas.

El padre MATEO, vestido de sotana y descubierto, entra por el arco central, agitando un manojo de llaves; atraviesa la escena hacia la iglesia, abre la puerta con llave y desaparece en el interior.—La campana de la torre empieza a llamar con toques pausados al Ave-María matutina. Por el fondo y por la derecha e izquierda, poco a poco, pasan, dirigiéndose a la iglesia, mujeres devotas, unas solas, otras en grupo, otras llevando niños en brazos, o tomados de la mano. Al pisar el primer escalón del pórtico, hace la señal de la cruz. Ese lento desfile dura algunos minutos después de la entrada de Jorge y el doctor Praga.

Cabo MACHORRO entra por el fondo.

CENTINELA 1° al cabo Machorro.—Cabo, este hombre del cepo está chiflando..

Cabo MACHORRO.—¿Y qué, con que chifle? Déjelo; es pájaro en jaula.

CENTINELA 1°—Es para entenderse con la criada.

Cabo MACHORRO.—Esos tiquis miquis no nos importan. La milicia debe ser circunspeuta....Y, de orden superior, que los centinelas salgan de trincheras y vayan a reforzar la loma. Así lo acaba de ordenar mi teniente a petición del sub... Y ándele, que el enemigo empieza a avanzar.

Cabo MACHORRO y CENTINELAS, salen.

Entre las devotas aparecen BERTA, PETRONILA Y NIEVES la loca.—CALIXTO chifla de nuevo, PETRONILA Y BERTA se detienen y van hacia CALIXTO.—NIEVES la loca sigue hacia el templo y penetra en él.

BERTA.—¿Qué te pasa, CALIXTO?

CALIXTO.—Nada, niña: que venía yo con las maletitas del doctor y don Jorge; y me encerraron aquí, a causa de un chiflido.

BERTA.—A causa de algo más que no dicen...Es que Doña Pía y los suyos nos han jurado persecución a muerte. Desde Jorge hasta mí, todos los que veneramos la memoria de don Evaristo estamos condenados...Mejor hicieran Jorge y el doctor en quedarse en la Ermita.

CALIXTO.—Ya vienen...

PETRONILA.—Nos van a matar aquí, como ratas. A ver cómo te sacamos del cepo. ¿Quien guardó la llave?

CALIXTO.—Creo que el cabo.

BERTA.—¿El cabo Machorro? No es malo...

PETRONILA.—Mal hablado sí; pero buena entraña. Le voy a pedir...

CALIXTO.—Se fue a la refriega. Muy grave se pondrá la cosa al llegar el refuerzo federal de Cuautla. Lo manda Lucas...

BERTA.—El puntillero!...

PETRONILA.—Jesús! Vámonos, niña Berta, al Ave-María.

BERTA.—Vamos a rezar y en acabando...Hasta luego Calixto!

CALIXTO.—Hasta luego. Recen por mí y por las petacas.

BERTA.—¿Las petacas?

CALIXTO.—Se han quedado allí, junto a la dinamita.

PETRONILA, designando las maletas. Esta de don Jorge; aquella del doctor.

BERTA.—Las guardaremos a la salida.

BERTA Y PETRONILA, entran a la iglesia. La campana cesa de llamar. Resuena en el interior música de órgano. Luego una voz de mujer canta un solo al cual responde un coro de mujeres y niños. Música y cantos duran un rato, mientras la escena se haya desierta, y se interrumpe poco después de la entrada de Jorge y el doctor Praga.

ESCENA 8a.

JORGE, y el DOCTOR PRAGA por el fondo; el padre MATEO y las rezadoras en la iglesia; CALIXTO en el cepo.

JORGE, con los bajos del pantalón levantados y el calzado sucio, entra por el fondo juntamente con el DOCTOR PRAGA; los dos en traje de campo se dirigen hacia la derecha. Ni CALIXTO ni los de la iglesia notan su llegada.

JORGE, deteniéndose en el fondo, saca el pañuelo y se inclina para arreglarse el calzado y bajos del pantalón.—Poco me faltó para hundirme, al pasar el vado de la barranca.

Doctor PRAGA, deteniéndose también en el fondo.—Bien le decía, Jorge, que no se metiera y se viniera como yo por el puentecito.

JORGE.—¿Que quiere Ud., doctor? Mi afición a la gimnasia campestre y mi curiosidad por pisar el fondo de esa célebre barranca de Escontzín con que me aterrorizaban cuando niño...Afortunadamente, sólo algunos lodos y rasguños...—Se endereza.—Pero ¿ha visto Ud. a Doña Pía?... ¡Ya no me toca llamarle tía Pía como antes!...¡Que recibimiento nos ha hecho al pasar, montada en su caballo retinto!

DOCTOR PRAGA.—Apenas si nos saludó.

JORGE.—Ni la menor pregunta sobre nuestro viaje, ni una palabra de bienvenida...Y aquel modo de decirnos:—"La hacienda está en estado de sitio; no para paseos, sino para rechazar al enemigo"...

DOCTOR PRAGA.—Los enemigos somos nosotros...Muy engreída está con el apoyo oficial y sus "brazos fuertes" de México.

JORGE.—Luego azotó el caballo y se fué a galope con el teniente.

DOCTOR PRAGA.—¡Mujer inconcebible! Hay en ella monstruosidades que se rebelan al examen. Es una de esas almas-barrancas en que se hunde el que pasa como en la de Ezcontzín.

JORGE y el DOCTOR PRAGA, avanzan hacia el proscenio.

JORGE, contemplando el ahuehuete.—Este árbol ¡cómo despierta en mí vagos, muy vagos recuerdos de infancia!

DOCTOR PRAGA.—Es el ahuehuete.... "el ahuehuete de don Evaristo."

JORGE, señalando el equipal.—Sí; aquí veía yo sentarse al que entonces llamaba mi "padrino."

DOCTOR PRAGA.—Al que hoy llamaría Ud. "padre"....Sí; era su asiento favorito para comunicarse con la gente de la hacienda y del pueblo, oír sus quejas, dirimir sus contiendas....¡Un buen amo, como ya no hay!

JORGE.—Un mar de sombreros de palma bullía en derredor. Iban pasando de las cabezas a las manos cuando los rancheros se detenían ante mi padre y hablaban...A veces escuchaba yo, sin comprenderlo, aquel murmullo, entrecortado por los "su mercé," "Dios se lo pague," "por vida del niño"....Mi padre me tenía a caballo sobre sus rodillas.

Comienza de nuevo el canto en la iglesia. JORGE y el DOCTOR, se dirigen hacia ella paso a paso; frente a la puerta se descubren.

JORGE.—La iglesia! No ha cambiado....Sólo que la torre me parece chica. Yo la veía grande, como la de una catedral!...Está casi llena; mujeres y niños.

DOCTOR PRAGA.—Nos lo habían dicho: los hombres han ido a incorporarse con los de la Ermita.

JORGE.—El padre en el púlpito...No lo recuerdo.

DOCTOR PRAGA.—Ya no es el padre Nicolás que Ud. vería...Murió hace tiempo; éste es el padre Mateo: bueno, instruído; sólo algo tímido...Le tiene mucho miedo a doña Pía.

JORGE, fijando la mirada.—Allí está, me parece, mi prima Berta.

DOCTOR PRAGA.—Cerca de ella, sobre la grada, aquella cabizbaja...es Nieves.

JORGE, profundamente conmovido.—¡Mi madre! ¡Qué blanca tiene la cabeza!

DOCTOR PRAGA, atrayendo suavemente a Jorge.—Retirémonos, Jorge! Si se abandona Ud. al sentimiento puede padecer su energía...y en estos momentos necesita Ud. de toda su energía para sobreponerse a una situación de las más difíciles.

JORGE.—Ud. doctor, que ha estudiado a mi madre, dígame lo que piensa sobre su enfermedad.

DOCTOR PRAGA.—No me pida Ud. diagnóstico. Temería incurrir en palabrería pedantesca. No soy de los que apelan a vocablos raros para disfrazar nuestra incertidumbre al enfrentarnos con un mal del alma...Lo que puedo decirle es que en el alma de Nieves no reina el desequilibrio de las grandes psicosis. En vez de la incoherencia, existe sólo el entorpecimiento mental que sucede a una conmoción profunda.

JORGE.—Y dígame Ud. ¿no ha intervenido la herencia? ¿Alguno de mis abuelos?...

DOCTOR PRAGA.—Nada en los ascedientes, ni de la línea paterna, ni de la materna... He estudiado el punto. Un bisabuuelo español, casado con una indígena de Cuahunahuac (Cuernavaca). Desde ellos hasta Nieves, todos sencillos cultivadores, enteramente normales.

JORGE.—Sin embargo, ¿un colateral, mi tío Pioquinto, el padre de Berta?... He oído hablar de él como de un desequilibrado.

DOCTOR PRAGA.—Falso...

JORGE.—Que estuvo preso por culpabilidad en el asesinato de mi padre.

DOCTOR PRAGA.—Enigma!...No es este el momento de tocar un asunto tan triste. Sonará la hora de la justicia. Pioquinto anda levantado en armas, y a su lado se agrupan casi todos los trabajadores de la hacienda. ¿Quién sabe!

ESCENA 9a.

DICHOS, MUJERES Y NIÑOS saliendo poco a poco de la iglesia. BERTA y PETRONILA aparecen entre los últimos grupos. Despues de ellas NIEVES sola; licenciado ESPINO, ENRIQUETA un momento en el balcón.

JORGE —Ya salen de la iglesia. Me dará pena ver a mi madre, doctor.—Hace un movimiento para retirarse hacia el fondo.

DOCTOR PRAGA, deteniéndolo.—Espere Ud, Jorge. Permítame Ud. hacer una prueba. Va Ud. a colocarse aquí, medio oculto por el tronco del ahuehuete. Cuando Nieves pase, sale Ud. de repente; se manifiesta ante ella; la saluda... No tengo que decirle cómo. La naturaleza hablará.

JORGE.—Obedezco, doctor; no sé de qué se trata. Confío en el médico, y mucho más en el amigo...mi único amigo.

DOCTOR PRAGA.—Se trata de despertar esa conciencia letárgica...

MUJERES y NIÑOS, se detienen ante Jorge y el doctor Praga. Todos saludan al doctor como a personaje familiar de la hacienda.

MUJER 1ª, tía Espiridiona, al doctor Praga.—Buenos días, doctor Praga. ¡Bendito sea Dios que viene Ud. por aquí! ¡Muchos heridos habrá que curar si atacan la hacienda!

DOCTOR PRAGA.—Haré mi deber, tía Espiridiona; pero para ese caso no les faltan médicos militares que vengan de Cuautla.

TIA ESPIRIDIONA, fijándose en Jorge.—Y este señor ¡cómo se parece al difunto don Evaristo!

LAS MUJERES menos jóvenes confirman: Se parece a don Evaristo!

DOCTOR PRAGA.—Es su hijo Jorge, recién llegado de Europa.

MUJERES y NIÑOS.—¡Don Jorgito! Don Jorge! Don Jorgito!

MUJER 2a.—Jorgito, chulo! ¡Cómo has sacado a don Evaristo! Te le pareces más que cuando niño.

MUJER 3a.—Jorgito! ¿Pero es de veras él?—Lo toca.—Sí; también se parece a Nieves. ¡La pobre!

TIA ESPIRIDIONA.—La chifladura se le irá a Nieves cuando lo vea. Se fué chiquirritín a las Europas; y véanlo, muchachos...Todo un hombre!

UN NIÑO.—¡Viva don Jorge! ¡Viva el patroncito de Escontzín.

TODOS LOS NIÑOS.—¡Viva don Jorge!

La cortina blanca se ha descorrido en el balcón. En bata, despeinada, se asoma ENRIQUETA. Tras de ella aparece el LICENCIADO ESPINO, mal acabado de vestir.

LIC. ESPINO desde el balcón.—¿Que escándalo es ese? ¡Gritos sediciosos en la hacienda! ¡Se está violando el estado de sitio!

LAS MUJERES amedrentadas se retiran por el fondo y por el arco central llevándose a los niños. ENRIQUETA y el LIC. ESPINO desaparecen del balcón, cuya vidriera se cierra.

DOCTOR PRAGA, a Jorge.—No hay que hacer caso. Que no se me frustre la experiencia. Nieves pasará al último. Siempre permanece rondando cerca del altar hasta que no queda en la iglesia más que el padre Mateo. Es una costumbre que debe tener un sentido y un fin...Hasta hoy no he podido descubrirlos,

JORGE, viendo venir a Berta.—Ahí viene la prima Berta...con trazas de haber llorado.

DOCTOR PRAGA.—Sería bueno que Berta pasase de largo y no se detuviese.

BERTA, acompañada de Petronila.—Ud. aquí, Jorge! Alegría me diera el verle si no fuese por el temor de que le hagan tanto mal como a mí.

JORGE.—¿La sigue maltratando doña Pía? En los ojos se le ve que Ud. ha llorado...

BERTA.—¿Cómo no llorar si ella me abruma con cargos cantra mi padre? Me llama "hija de bandido";porque mi padre Pioquinto se pronunció con los de la Ermita,

PETRONILA.—Doña Pía, doña Enriqueta y el licenciado están contra nosotros...Que nos van a correr...Y a Ud también. Cuídese de un golpe, don Jorgito ¡A Calixto lo han metido al cepo.

JORGE.—¿El cepo? ¿Qué es eso? Ya no recuerdo.

DOCTOR PRAGA, interrumpiendo, a Berta.—Señorita Berta, sírvase alejarse con Petronila. Ya nos reuniremos a Uds...Jorge necesita estar solo para ver a Nieves que viene.

BERTA y PETRONILA, salen.

NIEVES, aparece en la puerta de la iglesia, desciende, pasa con los ojos entrecerrados.

JORGE, empujado suavemente por el doctor Praga, se destaca del grueso tronco.—Madre...madre!.

NIEVES, abriendo un instante, cuanto ella puede, los ojos atónitos.—

Al padre le dieron muerte,
Al niño lo han escondido...
Está por allí, dormido...
¡Silencio hasta que despierte!

JORGE.—Yo soy...

NIEVES.—¡Silencio hasta que despierte!—Se aparta de Jorge que la quiere abrazar, vuelve a bajar los parpados y sale.

ESCENA 10a

JORGE, DOCTOR PRAGA.

DOCTOR PRAGA.—Esa copla se la compuso cierto poeta ranchero de por aquí. Si hubieran propuesto a un literato sintetizar la *idea fija* que acusan las frases balbutientes de Nieves, no habría llegado a expresarla mejor. .

JORGE.—Me supone dormido y niño todavía.

DOCTOR PRAGA —Es que en el momento del crimen dormía Ud. con el sueño profundo de la infancia. Eran las nueve de la noche. Bajo la emoción primera, cayó Nieves en una postración tal que fácil les fué a doña Pía y a don Ramón apoderarse de Ud. sin que ella interviniese, mandarlo a México y luego al asilo de Bélgica.

JORGE.—Una escuela industrial de pobres, en Lieja. Allí me enseñé a mecánico; puedo decir que en los albores de la vida, me la gané con los desheredados.

DOCTOR PRAGA.—No era Ud. un desheredado. Se sabe que don Evaristo testó en su favor. Tenía Ud. con que pagarse la educación en una escuela de ricos. Sólo que el testamento...

JORGE.—¿Dónde está?

DOCTOR PRAGA.—Es de creerse que, a raíz del crimen, los interesados lo arrebataron, como a Ud. mismo ... Pero vuelvo al estado mental de Nieves. Si ella se rebela a reconocerle a Ud. es que su espíritu se ha inmovilizado al nivel cronológico de aquella terrible escena de hace quince años... Para ella, su hijo sigue siendo, a través de los años, el niño que está dormido y cuyo sueño no quiere turbar. Sólo piensa en que su propio horror de la triste realidad habrá de trasmitirse al huérfano cuando despierte.

JORGE.—Así debe de ser, doctor; ahora me explico su persistencia en recitar esa copla.

DOCTOR PRAGA.—La copla sin música de un ranchero, psicólogo sin saberlo! Y borrada en Nieves la noción del tiempo, se destruye la del crecimiento. ¿Qué extraño, pues, que se resista a identificar el niño con el joven?

JORGE y el DOCTOR PRAGA, en el curso de este diálogo, se dirigen al fondo izquierdo. Vagos recuerdos infantiles excitan la curiosidad de Jorge hacia los detalles que se le presentan por ese lado.

JORGE, ante la tienda cerrada.—La tienda! Aquí venía yo a comer golosinas, muy a hurtadillas. Había un gachupín cariñoso que me regalaba panochas.

DOCTOR PRAGA.—Es la tienda de raya, cerrada ahora por falta de marchantes. Su padre de Ud. la transformó en institución benéfica. En ella los peones pudieron adquirir los artículos de primera necesidad a precios inferiores, relativamente a las plazas del contorno. Muerto él, la tienda volvió hacer una empresa usuraria.

JORGE, subiendo a una peña que forma parte de la trinchera y desde la cual se domina un trecho ds la barranca de Escontzín por cuyo fondo corren las aguas en torrente.—Ese ruido de cascada me recuerda la barranca.

Doctor PRAGA.—Sí, Jorge; por este lado la barranca de Escontzín, en los día de creciente, parece un río de altos bordes con caídas torrenciales.

JORGE.— Mis terrores de niño me asaltan de nuevo ante esa corriente espumosa que se precipita, encauzada para mover las turbinas.

Doctor PRAGA.—Así es; mucho ha llovido desde que se utiliza esa corriente como motor del trapiche.

JORGE.—Oía decir que al que allí caía no se le volvía a ver si no en pedazos; y más de una vez me estremecí con los relatos alusivos a varios triturados...Mire, doctor, allá las aguas se arremolinan como si quisieran tragarse a alguien. Siento al verlas que me asaltan, despierto, viejas pesadillas.

Doctor PRAGA.—Véngase, Jorge; no conviene resucitar sensaciones que lo enerven. Concentremos nuestra atención en este momento de lucha. ¿No ha visto Ud. cómo ha salido el licenciado Espino y con él Enriqueta, a estorbar una sencilla manifestación de simpatía en favor de Ud.?

JORGE.—Y han encerrado a Calixto no sé dónde.

Doctor PRAGA.—En el "cepo"... Ud. no guarda el "cepo" entre sus recuerdos, porque don Evaristo condenó al desuso ese calabozo inquisitorial, vestigio feudal del derecbo que se arrogaron tantos amos de hacienda para encarcelar y atormentar a culpables verdaderos o presuntos. Iremos a ver...

Doctor PRAGA Y JORGE se dirigen al cepo. CALIXTO saca la cabeza por la claraboya llevando un dedo a los labios. Los tres hablan en voz baja

ESCENA IIa.

DICHOS, EL PADRE MATEO, NIEVES.

Padre MATEO, mientras el doctor Praga y Jorge se acercan al cepo, sale de la iglesia, leyendo su breviario; se sienta en el banco, bajo el ahuehuete.

En el diálogo en voz baja que tiene lugar junto al cepo entre CALIXTO, JORGE y el doctor PRAGA, resuenan las expresiones: los pronunciados de la Ermita... "Atacarán la hacienda"..."Pocos federales"... "Refuerzo de Cuautla"...

NIEVES, por el arco central, atraviesa presurosa, con la llave de la iglesia en la mano. Entra en la iglesia y permanece dentro durante algunos minutos. En ese corto espacio, Jorge y el doctor Praga se separan de Calixto, van a hablar al padre Mateo, quien, al ver pasar a Nieves, ha interrumpido su lectura.

Doctor PRAGA.—Buenos días, padre Mateo, Ud. no conoció de niño a este joven, Jorge, hijo...ya sabrá Ud., de don Evaristo y de Nieves.

Padre MATEO.—Mucho honor en saludarlo, don Jorge ¿Cómo no conocerlo de nombre? Pero no tuve el gusto... Cuando vine a substituir en la hacienda y el pueblo al padre Nicolás, que Dios guarde, ya el niño Jorge había salido para Europa. En sus últimos días, el padre Nicolás, imposibilitado y enfermo me habló repetidas veces del caso...de suerte que estoy en antecedentes...Siento un grande afecto y profunda conmiseración por doña Nieves.

Doctor PRAGA.—Acaba de pasar a la iglesia.

Padre MATEO.—Sí; dejé la iglesia abierta más de lo regular, por si alguien quisiera prolongar la oración en consideración de los combatientes. Pero mujeres y niños, único resto de fieles, se retiran en masa. Les interesa tanto el zafarrancho anunciado para hoy, que ni quieren pensar en rezar por los que van a matarse. Sólo se viene doña Nieves, conforme a su costumbre de vigilar y cerrar la iglesia; hay que tolerar a la señora su monomanía de ver si no han venido a robar algo al sagrario...¿Qué? ¿Ya lo vió ella a Ud., Don

Jorgito?

JORGE.—Me vió un instante; pero no me ha reconocido.

Doctor PRAGA.—Vamos, padre Mateo, haga Ud. la prueba...

Padre MATEO, a Nieves.—Nieves, aquí está Jorge; ya volvió!

NIEVES, abriendo un momento los ojos.—Mi Jorge!...Un niño bonito como angel del cielo!...

A su padre dieron muerte,
Al niño lo han escondido;
Está por allí, dormido...
¡Silencio hasta que despierte!

Lentamente se retira y sale por el arco central.

Padre MATEO, al Dr. Praga.—Doctor! ¿qué pasa en esa alma?

Doctor PRAGA.—Pasa lo que se fectuaría en un decapitado. Hay quienes afirman haber observado signos de supervivencia en las cabezas desprendidas por el tajo de la guillotina. Si suponemos que esa vida cerebral se prolonga, necesitaríamos admitir que la conciencia sería completamente absorbida por un choque tan intenso...

JORGE.—Es decir que sólo habría relampagueos de pensasamiento para pensar en el desastre...Es el caso de mi madre!—Se sienta a escuchar aparte, meditando, una mano en la frente.

Padre MATEO.—¿Y no se la puede traer, doctor, al sentimiento de la realidad presente?

Doctor PRAGA.—Es lo que busco, por medio de un CONTRACHOQUE.

JORGE.—¡Contrachoque!

Padre MATEO.—¡Ave María purísima! ¡Contrachoque!

Doctor PRAGA.—Se trata de una expresión imaginativa...Necesita desarrollarse con otras imágenes...Los cerebros son esferas ,sus lóbulos hemisferios. Hay en esta vieja consideración anatómica motivos astrológicos que hacen de cada cerebro humano un asteróide. Comprendidos en la mecánica universal, los asteróides cerebrales giran; van por la órbita vital que les crean la herencia, el medio social etc.

Padre MATEO.—Me gusta. Siento como si leyera mi "Escolástica" en uno de sus trozos más encumbrados.

DOCTOR PRAGA.—Es que mi demostración me ha remontado a la Edad Media; pero voy al presente...En esa multitud de esferoides pensantes las colisiones son frecuentes. ¿Qué quieren Uds.? La circulación no es tan ordenada aquí como en el sistema planetario. Por intervalos, un cerebro sufre un choque, y es arrojado fuera de la vía o sea de su órbita regular...Entonces la locura se produce.

PADRE MATEO.— Comienzo a ver...

DOCTOR PRAGA.—Y ¿qué se necesita para que ese cerebro desviado vuelva a enrielarse? Un impulso contrario al primero y tan intenso como él. Es el CONTRACHOQUE!

PADRE MATEO.— Yá! ya caigo!

DOCTOR PRAGA.—He procurado varias veces el contrachoque en el cerebro de Nieves, por medio de la brusca presentación de Jorge...La conciencia no ha vuelto...El contrachoque ha sido insuficiente. Se necesitaria...

PADRE MATEO.—Que el contrachoque lo produjera Dios! ...Uds., los médicos, quieren arreglar las cosas segun ideas materialistas.

DOCTOR PRAGA.—Experimentales...

PADRE MATEO.—Conforme a un mecanismo terrestre... como si los humanos fuésemos organismos automáticos...No, doctor! "Est Deus in nobis"...Sólo Dios podrá hacer el contrachoque en esa pobre alma.

DOCTOR PRAGA, a Jorge que permanece sentado aparte y oye conmovido.—Vamos, Jorge; no conviene aislarse en una reflexión dolorosa...¿Por qué no toma Ud. parte en nuestra discusión?

JORGE. enjugando una lágrima.—Déjeme, doctor; yo estoy de más aquí...

ESCENA 12a.

DIGHOS, LIC. ESPINO, ENRIQUETA, Cabo MACHORRO.

ENRIQUETA, se presenta en el balcón vestida con el mismo traje de automovilista y cubierta con el mismo sombrero de velo con que se presentó en el primer acto. Sólo que el velo es negro, y porta algún otro signo de luto por su padre. Tiende la vista hacia el fondo y grita.—Cabo Machorro!...Eh! Cabo Machorro!...Aqui!

CABO MACHORRO, viniendo del fondo con un jarro de pulque en la mano y en estado de ligera excitación alcohólica.—Al pie del balcón.—¿Qué quiere la niña?.

ENRIQUETA.—El automóvil, cabo. Voy a dar una vuelta con el licenciado. Revisa Ud. la carga y lo saca como ayer del garage.

CABO MACHORRO.—Bueno! Y dispénseme, niña Enriqueta; estaba almorzando con unas chalupas muy enchilosas... *Tocante a lo cual* traigo mi pulquito...¡A la salud del amito don Jorge!...—Bebe un gran trago y se limpia los labios con la manga.

ENRIQUETA, sacando un billete del portamoneda y tirándolo al cabo Machorro.—Ahí va eso para que brinde Ud. a la salud del licenciado Espino... Y saque pronto el automóvil; que allá vamos, cabo Machorro.—Se retira cerrando la ventana.

CABO MACHORRO, recogiendo el billete. Aparte.—¡Un billete de cinco pesos!...Lo tomo.—Se lo echa al bolsillo.—No es limosna. Me lo he ganado con mi trabajo. Les estoy cuidando el automóvil desde que el chofer, amedrentado, corrió para México .—Sale por el fondo

JORGE, el doctor PRAGA y el padre MATEO, han observado la salida de Enriqueta y su diágolo con el cabo; entre tanto han hablado en voz baja.

DOCTOR PRAGA.—Ni un saludo para nosotros; ni para Ud. Jorge...

PADRE MATEO.—¡Como si no nos viera!

DOCTOR PRAGA, a Jorge.—¿Qué tal la prima? ¿Se acuerda Ud. del día terrible en que iba a decidir su matrimonio con ella? ...Le dije "no se case!"

JORGE.—Sí me acuerdo, doctor...

DOCTOR PRAGA.—Desde entonces hube de reconocer en la joven el alma de doña Pía

LIC. ESPINO, por arco central, con cachucha de automovilista, en tono agresivo, al padre Mateo.—¿Ud. también, padre Mateo?

PADRE MATEO.—¿También qué, señor licenciado?

LIC. ESPINO.—También se forma Ud. en corrillo para conspirar contra la hacienda.

PADRE MATEO.—En verdad le digo, señor licenciado, que no tengo conciencia de conspirar contra nadie.

LIC. ESPINO.—¿Qué! ¿No han llegado hasta mí las expresiones que se vertían contra mi señora madre política doña Pía?.—A los tres, con entonación oratoria.—Estais constituidos, señores, en reunión sediciosa. Caeis bajo el golpe del artículoIV, fracción II. inciso A. de la ley reglamentaria del derecho de reunión, con la agravante de perpetrar la sedición en plaza sitiada...

DOCTOR PRAGA.—Dispense Ud....Aun bajo el supuesto de que censurásemos a doña Pía, no es ella autoridad.

LIC. ESPINO.—Doña Pía la representa; doña Pía es aquí el orden, la propiedad...

JORGE.—La propiedad!

DOCTOR PRAGA.—La propiedad ! !

PADRE MATEO.—La propiedad ! ! !

LIC. ESPINO.—Sí; es el santo derecho de propiedad lo que ella defiende contra esas hordas indígenas de la Ermita...

DOCTOR PRAGA.—Dispense Ud.; creo que hace tres meses vino Ud. a ensayar su candidatura entre esas hordas...¿Nó fué Ud. de los primeros en halagarlas con la repartición agraria?

LIC. ESPINO.—Oh, no! ¡Poca cosa! Recursos oratorios...

ENRIQUETA, entrando por el arco central en traje de automóvil, hace señas al Lic. Espino para que la acompañe.

LIC ESPINO, responde con un ademán a Enriqueta; luego, al doctor Praga.—Ni necesitaba yo de la indiada para entrar al Congreso. Ya estoy en lista. ¡Seré diputado por la Presidencia!

DOCTOR PRAGA.—¿En el famoso grupo de "los yernos"? ... ¡Magnífico, licenciado! Así podrá Ud. defender desde su curul la propiedad de la hacienda...—Pone la mano sobre el hombro de Jorge.—En favor de Jorge Armienta, hijo y heredero de don Evaristo.

LIC. ESPINO, dando unos pasos en retirada para unirse a Enriqueta .—¿Quién? ¿Ese señor? Desgraciadamente, no tiene establecida su filiación

JORGE, hace un movimiento, como para lanzarse sobre el Lic. Espino.

DOCTOR PRAGA y el PADRE MATEO, lo detienen

DOCTOR PRAGA.—Calma Jorge, esperemos!

CABO MACHORRO, entrando por el fondo, a Enriqueta.—Ya está el auto.

ENRIQUETA, al Lic. Espino.—Anda, Chucho! Vamos a ver gar el refuerzo de Cuautla.

LIC. ESPINO y ENRIQUETA, salen por el fondo.

ESCENA 13a.

JORGE, LIC. ESPINO, Padre MATEO, CABO MACHORRO.

Padre MATEO.—Este licenciado Espino es una veleta. Cuando creyó sacar partido con los de la Ermita, les prometió repartición...

CABO MACHORRO.—Yo lo ví mano a mano con Pioquinto, en vísperas del primer levantamiento. Ahora sale a darle un abrazo a Lucas el puntillero...

JORGE.—¡Lucas el puntillero!

CABO MACHORRO.—Viene mandando el refuerzo de Cuautla. Capitán primero, de zopetón... Y a mí, cabo, ni quien me haga vela!

JORGE, al doctor Praga.—Ese, de quien dicen que mató a mi padre...

DOCTOR PRAGA.—No sabemos! Puede haber algo todavía más grave...Por eso dije a Ud. que preparara su animo para toda clase de horrores.

CABO MACHORRO.—Ya es capitán Lucas Fregoso....y yo en veinte años, no salgo de cabo Machorro...Pués, de puro sentimiento, el cabo Machorro se va a echar un trago...Pero no por el licenciado Huizachi, como quiere la otra...Por Ud., don Jorgito!—Sale por el fondo,

Padre MATEO.—Yo, a la Iglesia. Necesito un rincón solitario donde pedirle a Dios que libre esta tierra de tanta iniquidad.—Entra en la Iglesia.

ESCENA 14a.

JORGE, DOCTOR PRAGA, TENIENTE CORREON.

TENIENTE CORREON, por el fondo. saludando militarmente.—Señor doctor Praga, señor don Jorge Armienta; tengo orden de intimarles a Uds. que se retiren de la hacienda.

DOCTOR PRAGA.—¿Cómo, teniente! ¿No sabe Ud. que este joven tiene derechos hereditarios sobre la hacienda? Está en la casa de su padre....

TENIENTE CORREON.—No me toca entrar en esas consideraciones, doctor. La orden es terminante.

JORGE.—¿Se puede saber de quién viene?

TENIENTE CORREON.—Yo no sé cuantas vueltas habrán dado las instrucciones desde México para llegar hasta mí; el caso es que se me ha dicho no reconocer en la hacienda más autoridades que la de doña Pía y el licenciado Espino...Ahora ellos me mandan hacerles salir...Tienen Uds. un cuarto de hora para sacar sus petacas.

DOCTOR PRAGA.—Nos han aprehendido al mozo que las trajo.

TENIENTE CORREON.—Bueno!...Creo que no habrá inconveniente en sacarlo del cepo; y que se vaya con Uds; pero háganme favor de no permanecer por aquí más de quince minutos, porque tendría que usar de la fuerza...

DOCTOR PRAGA.—De la fuerza bruta!

TENIENTE CORREON.—No hay tiempo que perder! Voy a cruzar una palabra con el licenciado. Me está esperando en el auto.—Sale de prisa por el fondo.

ESCENA 15a.

JORGE, DOCTOR PRAGA, CALIXTO, CABO MACHORRO; al final, PETRONILA.

JORGE.—¡Y hemos venido para ver estas infamias!

DOCTOR PRAGA.—Lo que más siento es que por ellas se me frustra la experiencia con Nieves. Estoy en que ella sabe del testamento...Así me lo indicaron en la Notaría de México.

JORGE.—Por ahora, sólo pienso en que es preciso separarme de ella y de mi prima Berta...

CABO MACHORRO por el fondo, con una llave en la mano se detiene ante el cepo.—Calixto! Epa, Calixto!...Orden de sacarte del cepo, que acaso ya se te habrá olvidado chiflar.

CALIXTO, chifla.

CABO MACHORRO, abriendo la puerta del cepo.—¿Conque sí? ¿Chiflando siempre?

CALIXTO, sale del cepo con ligero temblor que se esfuerza en dominar. —¿Qué me quieren?

CABO MACHORRO.—Que te vamos a fusilar, por chiflón.

CALIXTO, con más aparente temblor.—Que me fusilen! Yo no me rajo! ¡Viva don Jorge! y ¡Muera doña Pía!—Chifla.

CABO MACHORRO, con furtivo apretón de manos a Calixto y bajando la voz.—¡Así me gustan los hombres! Pero cállate; no hagas ruido...¡Silencio, rana, que hay culebra en el charco!—A Jorge y al doctor Praga.—Aquí está su muchacho, libre de polvo y paja para llevarles sus bultos; pero ándenle!—Con misterio.—No se detengan, porque la cosa anda fea.

DOCTOR PRAGA.—Ya nos vamos!

JORGE.—Nos vamos; pero Ud., cabo, tiene cara de bueno. ¿Puede Ud. ver con calma que así se me ultraje, a mí, el hijo del amo? Véngase con nosotros!

CABO MACHORRO.—No me tiente, don Jorgito! Ya me oyó contestarle a doña Enriqueta...Sabe que esta entraña—tocándose el pecho—se cantea de su lado...El cabo Machorro tiene diez años de cabo...Ni quién lo haga vela!...No es que me falten ganas de pasarme con todo y parque. Ya me están cargando mucho este tenientito de gamarra y su doña Pía y su licenciado Huizachi...Pero eso de pensar que el cabo Machorro *deficiona* y que se pasó a *tracción*...con aquel *epitafio* de Judas Iscariote, el traidor...se me enchina el alma...

PETRONILA por el arco central, viendo hacia el cepo.—¿Fué ilusión o chifló Calixto?

CALIXTO, en el cepo.— Psitt!...

PETRONILA, viendo a Calixto.—Libre!

CABO MACHORRO, viendo a Petronila y tras de ella a Berta que se detiene en el arco central.—Ya vienen las enaguas ¡Malo! ¡Andenle, que nos hacen capirotada!...Yo me limpio.—Sale por el fondo.

ESCENA 16a.

JORGE, DOCTOR PRAGA, CALIXTO, BERTA, PETRONILA.—Los tres primeros permanecen a distancia de las dos mujeres hasta el momento indicado en el diálogo.—Resuena lejano tiroteo.

DOCTOR PRAGA.—Se aproxima el ataque.

JORGE.—Yo voy a tomar parte en él...

Doctor Praga.—Chit! Olvida Ud. el peligro que nos rodea! Si no andamos con prudencia, nos exponemos a un sacrificio inútil.

Calixto.—Tiene razón el doctor Praga, don Jorgito... Hagamos algo que cuente...Si avisáramos a los de la Ermita lo del tren de auxilio, saldrían a cortarle la vía.

Doctor Praga.—Perderemos el tiempo en avisos!—Saca el reloj y confirma en él la hora del reloj de la iglesia.—Ya no debe tardar el tren. Si no le detienen ellos, a nosotros tocaría el hacerlo. Quedamos mucho más cerca.

Calixto.—Se necesitaría herramienta para arrancar un tramo de riel...

Jorge.—¿Y qué ganamos con detenerlo casi a la llegada? Habría que volar el tren y con él a Lucas el puntillero!

Petronila, avanzando hacia el grupo y dejando sola a Berta.—Eso es, don Jorge! Una buena explosión!—Señalando el cajón de dinamita.—¿No hay allí dinamita?

Calixto.—Caba!!...Los cajones de cartuchos...Pero ¿como pasarlos por las narices de los federales?

Petronila.—En las maletas. ¿No tienes allí maletas, guaje? Por algo no me las llevé a guardar.

Calixto.—De veras! Esta Petronila ve más que yo...—Abre las dos petacas y acomoda dentro los cartuchos de dinamita. Petronila y Berta le ayudan en la tarea.

Berta.—No se necesita sacar...Cabe mucho entre los vestidos.

Petronila.—¡Que vayan los cartuchos en blandito!

Calixto.—¿Y dónde los vamos a poner?

Jorge.—En cualquier punto, bajo el riel...

Berta, destacándose resueltamente.—No en cualquier punto, Jorge; en el puente de Escontzín.

Jorge.—Dices bien...perdóname el tuteo, prima Berta.—(Le estrecha la mano)

Doctor Praga.—Lo que nosotros no habíamos pensado, lo descubre una niña. Ese puente es el indicado para repetir el famoso desastre ferroviario de 1881.

Calixto.—Estaba yo chiquillo. Pero oí decir que aquello fué horrible...Docientos federales muertos, unos ensartados en sus bayonetas, otros quemados por los barriles de alcohol que ardieron...

PETRONILA.—Pues hoy de nueva cuenta...¡Otra vez el tren a la barranca!

JORGE, señalando su petaca.—Hay en mi petaca un frasco de ron, camisas, una bufanda...lo bastante para improvisar mechas....De algo me debe servir haber vivido en Lieja, entre armeros Allí seguí un curso de inflamables y explosivos en la escuela industrial...y los sé usar. Miren!—Saca su cartera y un lápiz; dibuja.—Acabo de pasar la barranca, y he observado detalles del puente...Aquí, al pie de este estribo, se hace una oquedad...La rellenamos de cartuchos...Hay que llevar hacha y martillo.

CALIXTO.—De paso los tomaré del taller.

JORGE, dibujando.—Bueno...Una mecha seguirá este trayecto; otra hacia el puente, en comunicación con un depósito, allí, entre durmiente y riel. Sólo que, para minar, vigilar y encender a tiempo, no basta un hombre...

CALIXTO.—Aquí tiene el primero, jefe.

Doctor PRAGA.—Yo seré el segundo.

JORGE.—No, doctor; Ud. va a seguirnos para distraer al pelotón de federales que vimos en la parada...Urge ir al pueblo y destacar a una fuerza que emprenda vigoroso ataque y retirada en falso. Entre tanto, yo preparo la explosión... siempre que cuente con hombres, al menos tres.

CALIXTO —Nos faltan dos...El cabo Machorro simpatiza y nos los dará.

ESCENA 17a.

DICHOS, Cabo MACHORRO, dos CENTINELAS.

Cabo MACHORRO, por el fondo.—El cabo Machorro no dará nada...ya los he oído. El cabo Machorro podrá ser tapadera, por simpatía; pero no traidor.

PETRONILA.—Yo iré. Puedo hacer lo que un hombre. Nomás dígame!

CALIXTO.—Tú, no! Pobre de tí!

BERTA.—Yo también iré. Nomás nos dicen dónde ponemos la dinamita.

JORGE.—¿Tú, prima? Te podría costar la vida.

BERTA.—Más que!...

Dos centinelas entran por el fondo.

CENTINELA 1º, a Jórge y al doctor Praga.—Manda el teniente que despejen Uds. el campo o se les haga salir por la fuerza... Ya ha corrido el plazo...

JORGE.—Bueno, sí; ya nos vamos. Vámonos, doctor. Calixto nos acompaña con las maletas.

CALIXTO, va a tomar una maleta.

PETRONILA.—Yo la llevo.—En voz baja, a Calixto.—Tú, vete por la hacha.

BERTA, apoderándose del otro bulto.—Yo llevo la otra petaca.

JORGE, hace ademán de impedir a Berta que cargue con la maleta y lo siga.

BERTA, resiste y sigue con resolución al grupo que sale, formado por JORGE, el DOCTOR PRAGA, CALIXTO y PETRONILA.

TELON

ACTO CUARTO

La misma decoración que en el tercer acto. Se oyen, más cercanos que anteriormente, fuegos nutridos de fusilería.

ESCENA Ia.

NIEVES la loca, el PADRE MATEO.

NIEVES, entra por el arco central. Atraviesa lentamente la escena, en dirección a la iglesia. Sigue el tiroteo.— Nieves se para en medio y hace signo de escuchar.— Están matando mucho!... A cada balazo, queda un niño sin padre.

PADRE MATEO, aparece en la puerta de la iglesia, se queda en lo alto de la escalinata viendo tristemente a Nieves.

NIEVES, sin ver al padre Mateo, se sienta en el banco, bajo el ahuehuete, con un codo en la rodilla, el mentón en la palma. Su mirada vaga va poco a poco adquiriendo fijeza sobre algo imaginario. Se endereza.—El puntillero!... Lucas el puntillero viene con ellos... Ya mató a Evaristo; le metió el cuchillo sobre caído... Ahora va contra Jorge...¡Niño! ¡Pobre niño, que te van a matar!...—Rie.— Está por allá, dormido...—Silencio! Que no despierte!—Vuelve a su actitud inclinada, y soñadora, con la cara en la palma.

PADRE MATEO, tocándola suavemente.— Nieves! Tu Jorge ¿qué edad tiene?

NIEVES, irguiéndose.—¿Qué cuantos años tiene?...Seis años ajusta por la Candelaria.

PADRE MATEO.— Eso cuando mataron a don Evaristo. Desde entonces han trascurrido quince años. Tiene veintiuno.

NIEVES.—Veintiuno!

PADRE MATEO.— Sí; es un joven crecido... El que viste hace poco con el doctor Praga.

NIEVES.—El que ví hace poco... No ví nada; no quise ver nada... Los hombres son tan malos!

Se oye una fuerte detonación, luego prolongado estrépito; el del derrumbe del trén militar en la barranca de Escontzín. Gritos. Vivo tiroteo.

PADRE MATEO.—Ave María Purísima! ¡Otro tren a la barranca!

NIEVES, yendo hacia la iglesia y entrando en ella precipitadamente.— ¡Que no roben el sagrario!

PADRE MATEO, siguiéndola con la vista.— Pobre loca! Siempre temiendo que vayan a robar el sagrario... Ya abre... Escudriña si todo está intacto... Cierra, vuelve la llave a su puesto, se queda al pie del altar, arrodillada... El infortunio reza por su boca. En medio de esta humanidad tan pervertida, quién sabe si los que llamamos locos no pasen por los más cuerdos delante del Señor!.— Se oyen gritos de "Muera doña Pía!" "Viva la revolución!" "Viva don Jorge!".— Padre MATEO, subiendo por la escalinata, se detiene un momento, con la vista hacia el tropel que viene. Suspira.—Voy a rezar con Nieves. Entra en la iglesia y cierra la puerta.

ESCENA 2a.

CABO MACHORRO, SOLDADOS FEDERALES, en pequeño número, los que no han evacuado la hacienda con el teniente CORREON.

FEDERALES, en alturas y trincheras, a la partida de revolucionarios que atacan— ¿Quién vive?

REVOLUCIONARIOS, invisibles en el fondo.— La Revolución agraria!—Resuenan descargas en alturas y trincheras, a que los revolucionarios responden con otras.

CUATRO FEDERALES, bajan de las alturas y ocupan la escena.— Se nos acabó el parque!

FEDERAL 1º— Apenas si nos dejó parque el teniente Correón.

FEDERAL 2º—Vamos a pedírselo!

FEDERAL 3º—¡Ya no hay teniente! Hizo evacuación.

FEDERAL 4º— Sólo queda de jefe el cabo Machorro.— Resuenan tiros en la altura.—Oiganlo! Está gastando el último parque.

FEDERAL 1º, buscando la dinamita en las cajas vacías.— ¿Y la dinamita? ¡Aquí había!

FEDERAL 2º.—Ya no hay más que azufre del Popocatepetl para hacer infiernitos.

FEDERAL 3º, sacando del bolsillo un pañuelo y amarrándolo a su bayoneta.—No nos queda más que el trapo blanco de rendición.—Yendo hacia el fondo.—Venganse, muchachos!

FEDERAL 4º, siguiendo al tercero y atrayendo a los demás.—Vámonos, que viene el cabo y es muy taimado.—Salen

CABO MACHORRO, entrando por el arco central y viendo alejarse a los cuatro federales.—Todos se van con trapo blanco. Este es mi teniente Correón; no ha robado el "apelativo".

VOCES, en el fondo.—Paz! paz!.—Otras VOCES-Rindan armas!

PELOTON de revolucionarios, en calzon blanco y sombrero de palma.

REVOLUCIONARIO 1º, al cabo Machorro poniéndole la pistola al pecho.—Ríndase.

CABO MACHORRO.—Rendirme yo?...¡Si no soy General!

REVOLUCIONARIO 2º. sacando su pistola.—Pues ¿qué es Ud?

CABO MACHORRO;—Yo soy cabo.—Tocándose el galón,—Qué! ¿no saben leer?

REVOLUCIONARIO 1º.—Pues entregue su arma.

CABO MACHORRO, golpeando el suelo con su rifle.—Esto?...No es arma!...Un palo con cerbatana...Ya no tiene tiros; que si los tuviera, no me verían Uds. más que por las troneras.

MUCHOS REVOLUCIONARIOS.—Que lo fusilen !Se le echan encima y le toman el fusil.

CABO MACHORRO, rechazándolos.— No tocarme ni un pelo. ¡Fusilenme si quieren! Al cabo Machorro se le mata; pero no se le ofende.

REVOLUCIONARIO 1º.—Andenle, muchachos ! Cuatro balazos!—Cuatro revolucionarios se alinean a distancia del cabo que queda solo.—Carguen!—Los cuatro cargan

ESCENA 3a.

DICHOS, CALIXTO

CALIXTO, por el fondo.—Alto !A ese no! Es nuestro; es amigo.

LOS TIRADORES bajan sus armas.

REVOLUCIONARIO 1º.—¿Cómo "nuestro?"

CABO MACHORRO.—Yo no soy de naide. El cabo Machorro no es más que de su bandera tricolor.

CALIXTO.—El cabo Machorro está con nosotros...Nos sirvió a la voladura del puente.

CABO MACHORRO.—Mentira !No serví; dejé hacer. El cabo Machorro. no es traidor...Tapadera ¿quién sabe?...Pero por puro sentimiento.

CALIXTO.—No perdamos el tiempo. Lucas el puntillero, con una parte del refuerzo federal, se salvó del derrumbe.

REVOLUCIONARIO 1º ¡Qué suerte tienen los pillos!

CALIXTO.—Venía en un wagón trasero que no se hundió. Ahora está rehaciéndose con los dispersos en la parada, y vendrá sobre la hacienda.

REVOLUCIONARIO 2º—Que venga ¡Aquí lo aparamos!

CALIXTO,—Todavía no; dice el jefe Pioquinto que salga el pelotón a tenderse en el "Vallado del Muerto" para proteger el paso.

REVOLUCIONARIO 3º.—Pos ¿no andaba Pioquinto haciendo sancocho de federales en el puente volado?

CALIXTO.—Se replegó a la Ermita, y ya viene.

REVOLUCIONARIO 1º—Media vuelta, muchachos, y al Vallado del Muerto!—Al cabo Machorro.—Ud. cabo, se queda de prisionero.

CABO MACHORRO.—¿Dónde?

REVOLUCIONARIO 1º.—Donde lo ponga Calixto.—Sale con pelotón revolucionario,

CALIXTO.—Yo me lo llevo al cepo.

CABO MACHORRO.—Esa sí que es buena, Calixto! Me volteaste el chirrión por el palito. ¿Conque yo al cepo?

CALIXTO, empujándolo suavemente hacia el cepo y encerrándolo dentro—Yo sé lo que hago, cabo.—Aparte.—Así lo pongo a resguardo de una fusilata de veras. Este cabo es muy hombre; pero muy hablador.

ESCENA 4a.

CALIXTO, CABO MACHORRO, PETRONILA, Con sombrero de palma, canana de tiros y pistola al cinto, entrando por el fondo.

PETRONILA.—Calixto!

CALIXTO.—¿Qué sucede, Petronila? ¡Qué catrina vienes, de pistola y canana! ¿No sacastes algo?

PETRONILA, pesarosa.—Nada, parece...Se toca el cuerpo y examina su ropa.—Ni siquiera un rosón de bala —Me da muina. Yo hubiera querido un balacito para ser heroa...

CALIXTO.—Heroína, debes decir...

PETRONILA.—¡Vaya pues con "he—ro—í—na" !...¿Y tú, Calixto?

CALIXTO.—Nada grave; sólo un rasguño por aquí...Se toca una muñeca.—Un pinchazo al estar rajando la estribadura.

PETRONILA.—Ya no hay puente! Astillas, fierros torcidos como charamuscas.

CALIXTO.—Don Jorgito la entiende en eso de dinamitar los puentes.—Ni siquiera tuvimos que encender la mecha. Al pasar la locomotora, todo estalló arriba y abajo.

PETRONILA.—Se abrió el puente; un wagón cayó de lado y arrastró a otros que se quedaron culimpinados.

CALIXTO.—La locomotora rugía en una orilla; parecía fiera parada de manos.

PETRONILA.—En la otra orilla, de un carro medio tumbado, salía un chilladero como de huacal de pollos.

CALIXTO.—Eran las soldaderas...Pero en lo hondo ni un grito. Un silencio de masacote.

PETRONILA.—De los carros de atrás fué bajando la tropa salvada. Conocí a Lucas el puntillero por su kepí colorado.

CALIXTO.—Fué entonces cuando apareció Pioquinto con su gente del pueblo tiroteando muy recio. La fuerza de Lucas se batió en retirada.

PETRONILA.—Yo estaba con Berta, junto al mezquite, detrás de la cerca. Allí me dieron esta pistola y canana de un federal muerto.

CALIXTO.—¿Y Berta?

PETRONILA.—Pasó Pioquinto y vino a abrazarla. *Pos* que ella le dijo: "Padre, lléveme donde haya heridos para curarlos".—Pioquinto le prestó un caballo ensillado. *A luego*, llegó don Jorge y bajó del suyo para ayudarla a montar. Se fué con ellos, más arrimada al primo que a su padre...

CALIXTO.—Se me está haciendo que don Jorge la trae entre ceja y ceja.

PETRONILA.—¿*Pos* como nó?...Desde que estaban en México.

CABO MACHORRO, sacando la cabeza por la claraboya del cepo. —Oigan! Petronila!

PETRONILA.—¿Quién me llama? Y del cepo!

CALIXTO.—Es el cabo Machorro. Ya lo iban a fusilar unos alzados.

PETRONILA.—¡Pobre cabo! ¿Y por qué encerrarlo?

CALIXTO.—Por su conveniencia. Con esa lengua que tiene y desarmado como está, cualquiera le mete un tiro.

PETRONILA.—Pues armarlo! Ese es bravo y en caso dado nos defiende.

CALIXTO.—Puede que sí ...—Saca la llave y la entrega a Petronila.—Míra! Te dejo la llave del cepo. Haz lo que quieras...Yo voy a ver qué pasa con los nuestros y por qué no llegan.—Sale por el fondo.

ESCENA 5a.

PETRONILA, CABO MACHORO.

PETRONILA, metiéndose la llave en el bolsillo y yendo hacia el cepo.—Conque sí, cabito ¿qué quieres?

CABO MACHORRO.—Préstame tu pistola que no quiero morir aquí como rata.

PETRONILA.— Te la doy, y con todo y canana.—Pasa pistola y canana por la claraboya.—Pero ha de ser, no para cualquier arugada, sino para algo bueno.

t

CABO MACHORRO.—Pierde cuidado... y díle a Calixto que me abra la puerta.

PETRONILA.—Espera...—Viendo entrar a Jorge seguido de Berta.—Aquí viene don Jorge.

ESCENA 6a.

JORGE, BERTA, PETRONILA.

PETRONILA.—¡Alabado sea Dios! ¡Ya estaba yo temiendo que hubieran Uds. "caido" en las garras de doña Pía!

BERTA, cubierta con sombrero de palma.—Doña Pía anda muy ocupada en hacer la generala...Pasó delante de nosotros al galope, sin dirigirnos el menor saludo.

JORGE.—Bien que se ocupa de mí. En su mirada sorprendí como un relámpago de odio.

PETRONILA.—Lo decía yo; doña Pía nos hace mal de ojo. Está embrujada.

BERTA.—La acompañaba el teniente Correón; iba al puente destruído. La ví cuando llegó al barranco y espoleaba al caballo tan cerca de la orilla que parecía como si quisiera saltar, atraída por la muerte.

PETRONILA.—¡Qué niña Berta tan *fantaseosa*!

BERTA.—Luego rugió el automóvil. Fueron apareciendo el licenciado Espino, cejijunto; doña Enriqueta, pálida; y detrás, en un caballo negro como su conciencia, la torva caraza de Lucas el puntillero. Parecían haberse dado cita en la barranca; junto al derrumbe se pusieron a secretear...

JORGE.—Estás tétrica, prima.

PETRONILA.—Esto que pasa es cosa del otro mundo... Algo terrible va a suceder. ¿No oyen Uds. el ruido de tropa?

ESCENA 7a.

DICHOS, PIOQUINTO, SOLDADOS REVOLUCIONARIOS.

PETRONILA, yendo hacia la trinchera para ver quién viene. — Pioquinto!

PIOQUINTO, en traje de charro militar, apareciendo en las trincheras. —Hola, Petronila!— A Berta, con cariño.—Hija!— A Jorge con un saludo de respeto afectuoso.—Jorge!— Avanza hacia el primer plano. Su pequeña tropa revolucionaria entra tras de él y se queda enfilada a lo largo de las trincheras.

BERTA.—¿Qué ocurre, padre?

PIOQUINTO.— Que un destacamento de federales viene a ocupar la hacienda de Escontzín, en nombre de doña Pía. ¿Y saben Uds. quién la manda?

BERTA.—Ya lo sospechamos.

PETRONILA.—Lucas el puntillero.

PIOQUINTO.—El es. Se salvó del derrumbe; pero no se salvará de la justicia. Ya es tiempo de que pague lo que me hizo atribuyéndome su horrendo crimen contra don Evaristo... — A Jorge.—El buen papacito, Jorge...

JORGE.— Oh! No me hable Ud. de eso! No quiero saber...

BERTA.—No hables, padre.

PIOQUINTO.— Al contrario! Yo quiero hablar de ello muy alto y que se ponga al fin en claro a qué perversa intriga se debió mi prisión y aquella infame sentencia de un juez comprado... Que, tras de tantos años de misterio, salga a plena luz el crimen del esbirro, la complicidad de doña Pía, la debilidad de don Ramón...

JORGE, con amargura.—Bueno, bueno...Dejaremos eso para más tarde.

PIOQUINTO.—Para luego, inmediatamente, Jorge... Quiero que Ud. me pueda llamar tío sin sonrojarse... Escúcheme Ud; mi plan es este: Lucas trae muy poca fuerza. Con esta— señalando su tropa—y la que tengo apostada fuera, lo ataco de sorpresa. Hago que Lucas quede copado al entrar aquí. Entonces, fácil será aprehenderlo. Del pueblo viene Isidro, el ex-mayordomo Isidro Perales...

BERTA.— A Isidro lo han hecho Presidente Municipal de la Ermita.

PETRONILA.—Está en la cumbre del poder.

PIOQUINTO.—Es un hombre inteligente y honrado. Como ya no hay autoridades en el pueblo, hace de todo... Es también juez. El juzgará...

ESCENA 8a.

DICHOS, REVOLUCIONARIO 4º

REVOLUCIONARIO 4º por entre las trincheras. saludando militar mente, a Pioquinto.— Jefe! Está a la vista el enemigo. Un pelotón como de diez .. Puede ser una avanzada.

PIOQUINTO.—Es el destacamento de Lucas...— A su escolta .—Ya saben, muchachos; lo copamos. Carguen armas! Enfílense y marchen! — Los revolucionarios cargan, se forman y salen precedidos por Pioquinto.— Este dirige a Berta un saludo silencioso.

ESCENA 9a.

JORGE, BERTA, PETRONILA, CABO MACHORRO.

JORGE.—Hay algo que me impide seguirlos.

BERTA.—No vayas, primo. Quédate aquí. Demasiado te expusiste allá en el puente.

JORGE.—Las balas me silbaron en las orejas. Conocí que algunos soldados de Lucas recibieron orden de tirar sobre mí....¡No importa! Iría de nuevo al peligro como a un deber; pero con otro jefe.

BERTA.—¿Cómo! ¿Con mi padre, no? ¿Qué significa eso?

JORGE.—Me da pena hablar.

CABO MACHORRO, por la claraboya.—¡Pst Petronila!

PETRONILA.—¿Que quieres. cabo?

CABO MACHORRO.—Salir de esta ratonera; ya me aburro.

PETRONILA, sube a una piedra, cerca de la barricada, y observa a lo lejos.

JORGE, despnes de algunas palabras en voz baja a Berta, y rompiendo un penoso silencio.—Pues mira, prima; te lo he de decir, que se me salta del pecho. Me han dicho que Pioquinto, sí tuvo participio en el asesinato de mi padre. Por eso no voy con él...

BERTA.—Son unos infames los que te han dicho...

JORGE.—Todavía esta mañana, allá en el campo, hubo alguien que me dijo: ¿Cómo se junta Ud. con la hija de Pioquinto, el que mató a su padre?

BERTA.—Algún sinvergüenza mandado por doña Pía.

PETRONILA, en su puesto de observación junto a la barricada.—Ya llegan! Se ven kepís de federales; y los nuestros que les salen al encuentro, agazapados en la milpa.

JORGE.—Que por algo estuvo Pioquinto muchos meses en la carcel.

BERTA.—¡Dios mío! ¡Qué perversos!—Se inclina y llora.

JORGE.—Tienes razón, prima! Yo también soy muy malo ...Debía callarme.

Resuena una descarga.

PETRONILA.—¡Jesús, cómo han caido los federales!... Y el jefe que se viene solo...¡Es Lucas!

ESCENA 10a.

DICHOS, NIEVES, LUCAS el puntillero, con uniforme de capitán federal y kepí rojo.

NIEVES, por la puerta de la iglesia, en lo alto de la escalinata, se queda contemplando a Jorge.

LUCAS el puntillero, entra con el revólver amartillado.—Estoy copado. ¡Al primero que se me atraviese lo clareo!

JORGE, sacando su revolver, a LUCAS.—No tiene Ud. mas que rendirse. Sus compañeros derrotados lo han dejado solo.

LUCAS, viendo fijamente a Jorge.¡Es él, su vivo retrato!...¡El hijo de don Evaristo!...—A Nieves.—Loca Nieves! ¿Ves a tu hijo?...Pues mira!...—Hace fuego sobre Jorge.

BERTA, se interpone entre Lucas y Jorge. Es herida en la mano al intentar asir el arma de Lucas.

JORGE, queda en imposibilidad de responder al tiro desviado, por la interposición de Berta y de Nieves.

NIEVES, se ha desprendido violentamente de la escalinata y se echa al cuello de Jorge.—¡Jorge! ¡Hijo mío!

PETRONILA, ha abierto el cepo para dar salida al cabo Machorro.

CABO MACHORRO, sale armado y se enfrenta con Lucas.— Conmigo, puntillero!—Hace fuego sobre Lucas.

LUCAS, hace fuego sobre Machorro, yerra y cae, herido en el pecho —¡Me acertaste, Machorro!....Me muero!...Un padre! Un padre!...

ESCENA 11a.

DICHOS, PADRE MATEO

PADRE MATEO, saliendo de la iglesia y corriendo hacía Lucas. —Qué tienes, hijo? ¡Herido!.—A' cabo Machorro.—Cabo, llama al doctor Praga!

LUCAS, con ansias de muerte.—Para qué médico?...Voy a liquidar...Quiero descargarme de un gran pecado...

Tiroteo y gritos fuera.

CABO MACHORRO, sube, revólver en mano, a una peña de donde ve más allá de la trinchera.—El doctor Praga! Por allí debe andar, en la raspa. ¡Epa! ¿Quién gana?...No se amontonen sobre Pioquinto...Es hombre, y no toro embolado' Gritando.—Doctor Praga !doctor Praga! Un herido aquí !Permanece sobre la peña.

Padre MATEO, se arrodilla junto a Lucas.—Espera, hijo; no te agites...Calma!

LUCAS, caído, empieza a confesarse en voz baja.

ESCENA 12a.

DICHOS, DOCTOR PRAGA.

DOCTOR PRAGA, por entre las trincheras, con su caja de curaciones .—¡Un herido!—Se acerca a Lucas. Reconociéndolo.—¡Lucas!

PADRE MATEO, se aparta un poco, mientras el médico obra.—Ud. dirá, doctor...

DOCTOR PRAGA, examinando rapidamente y aplicando un algodón sobre la herida.—¡Mal punto!—Comienza a vendar.

Un clarín toca "el cese el fuego".

CABO MACHORO, de la peña, viendo hacia fuera.—¿Pero qué? Tán pronto tocan el alto el fuego! Cuando apenas comenzaba a sentir cosquillas por lanzarme, se acaba el rebumbio!...¡Armisticio!...y ándenle con los hilachos blancos. Eso no es batalla. Parece tendedero de lavanderas¡ Y que se abren, y que se viene allá la plana mayor...El Ayuntamiento de la Ermita con Isidro, Presidente Municipal, al frente!

JORGE, toma de la caja del doctor Praga artículos de curación.—Doctor, para Berta que está herida...—Venda la mano herida de Berta y pone el brazo en cabestrillo.

NIEVES, consciente, permanece al lado de Jorge, cariñosa para con él, como si saliera de un sueño.

CABO MACHORRO, en la peña—Pues óigale! Esto se volvió procesión cívica Y aluego que se columbra la familia...El licenciado Huizache...Tambien su mujercita toma vela en el entierro...Y doña Pía! ¡Ah qué doña Pía! A caballo, hecha un Santiaguito con olanes.

DOCTOR PRAGA, terminando el bendaje.—Esto es muy grave.. Necesitaría llevarse a sitio mejor.

PADRE MATEO, rezando de rodillas, junto a Lucas, se inclina y sigue recojiendo su confesión.

ESCENA 13a.

DICHOS, ISIDRO, llevando en el pecho y en el sombrero insignias de Presidente Municipal; REGIDORES DE LA ERMITA, LIC. ESPINO, DOÑA PIA a caballo, desmontando luego; SOLDADOS FEDERALES; REVOLUCIONARIOS; INDIOS, LABRADORES, RANCHEROS.

ISIDRO, en el fondo.—¡Basta de matanza! De la Ermita hasta aquí he venido pisando muertos. ¡Como si esta tierra necesitase de carne humana para abonarse!... Ya salpicamos de sangre el cielo, avergonzado de darnos su más brillante azul... He venido llamando a la concordia. Los combatientes se apartaban aullando, como si fueran camadas de lobos y coyotes. ¡Ya no más sangre! ¡Paz y justicia!— Avanza hacia el primer plano; sin reconocer a Lucas, lo vé tendido en el suelo.— ¡Un herido aquí también!—¿Quién es?

PETRONILA, a Isidro.—Es Lucas el puntillero.

ISIDRO.—¿Quién lo hirió?

CABO MACHORRO.— Ah, no! El cabo Machorro no se esconde. Yo le tiré y le pegué en la chapa, a la buena, cuando tiraba sobre mí, cuando había hecho fuego sobre don Jorge y herido a la niña Berta.

LUCAS, interrumpe su confesión y presta oído a la voz de Machorro agitándose.—¡Oh...padre, oh!

CABO MACHORRO.— Además, ese tenía una gran cuenta pendiente. Cualquier hombre de bien se le debía arreglar. El cabo Machorro se lo arregló.

ISIDRO.—¿Qué cuenta es esa?

LUCAS al padre Mateo.— Apártese, padre!—A todos, haciendo un gran esfuerzo, incorporándose sobre el codo.— Oiganlo todos!... Me voy a morir... Quiero descargarme con todos de mi gran pecado... Yo maté a don Evaristo Armienta... Sí; yo lo maté... Ah! No puedo más...Al padre Mateo.— Lo demás, padre Mateo...puede Ud. decirlo... Le ruego que diga todo... si así creé bueno...— Una bocanada, un estremecimiento agónico y muere.

DOCTOR PRAGA, se inclina sobre el herido y lo reconoce.— Ha muerto.

PADRE MATEO, de rodillas junto al cadáver, murmura una oración y hace sobre él el signo de la cruz.

VARIOS.—Muerto!...Muere como mató. Dios le dió la puntilla.

LIC. ESPINO, exitado por doña Pía.—Ha habido una sentencia contra Pioquinto, por el asesinato. Esa sentencia causó ejecutoria.—La confesión de Lucas no quita que Pioquinto fuera cómplice o coautor.

BERTA, recostada sobre el banco, se yergue.—Mentira! Mi padre no es culpable.

ISIDRO.—Es la hora de la justicia.— Va a sentarse en el equipal bajo el ahuehuete.— Aquí, bajo el ahuehuete, se sentaba el buen amo don Evaristo a impartir justicia. Hoy el Presidente Municipal del Valle de Escontzín ocupa el sitio de él y ejerce sus funciones. A ver! Que venga Pioquinto.

REVOLUCIONARIO 1º.—Cayó prisionero.—Los federales lo amarraron al tronco del sabino para fusilarlo.

BERTA.—Dios mío! Mi padre fusilado.

FEDERAL 1º.—Suspendimos la ejucución al presentarse Ud., don Isidro!

ISIDRO.—Que lo traigan. Llévense al cadáver de Lucas Fregoso. Que los espectáculos de horror cesen de enconar las almas.—Un grupo de hombres sale fuera de trincheras, en busca de Pioquinto. Otro se lleva el cadáver en angarillas.

BERTA, incorporándose de nuevo.— Yo voy por mi padre.

JORGE, la detiene.

ISIDRO.—Quieta, niña Berta; está Ud. herida. Ya viene su padre.

ESCENA 14a.

DICHOS, PIOQUINTO.—Lo traen por entre trincheras con los puños ligados.

BERTA.—Padre mío! ¡Cómo te traen!

NIEVES.—Hermano!

ISIDRO.—Sosiégate, Nieves; calma, niña Berta! Conténtese de no haberlo visto amarrado al sabino, cuando iban a fusilarlo hace un rato.

ENRIQUETA, al Lic. Espino.—Vamos, Chucho!

LIC. ESPINO.—Allí hubiera pagado sus fechorías...

PIOQUINTO.—Mis fechorías consisten en haberme levantado en el pueblo contra la usurpación de la hacienda.

LIC. ESPINO.—Salió de la prisión a pronunciarse.

DOÑA PIA.—Bueno, licenciado!

ISIDRO.—Silencio! Voy a resumir los hechos.—Pioquinto Anturez! En mil novecientos fuiste condenado a prisión como autor o coautor en el asesinato del buen amo don Evaristo.

PIOQUINTO.—Según sentencia pronunciada por un Juéz vendido.

ISIDRO.—Sabemos lo que es la justicia oficial en esta tierra y en tal época...Pero las apariencias te condenaban también! Estabas disgustado de las relaciones de don Evaristo y tu hermana Nieves. Te aprehendieron cuando te hallabas sólo ante el cadaver de don Evaristo. Tenías una pistola en la mano y le faltaba un tiro.

PIOQUINTO.—El que disparé sobre Lucas...Del cuarto bajo oí su disparo y subí. Hice fuego sobre él, cuando se escapaba por la ventana; y mi bala, como el mismo "puntillero", se perdió en lo obscuro. Cerca de la cama, yacía don Evaristo. Tenía una bala en el pecho y en la nuca una herida de cuchillo, como sólo las daba el "puntillero".

LIC. ESPINO.—¿Y la bala de quien fué?—De Pioquinto!

ISIDRO.—Todo eso declaraste en la causa; pero te faltó lo principal: pruebas! No has tenido dentro ni fuera de la casa un testigo para apoyar tu dicho.

PIOQUINTO.—Dentro sólo estaba mi hermana Nieves con Jorgito. Dormían en la pieza contigua.

ISIDRO.—No ha despertado ella. Su razón duerme todavía. ¡Si no tienes más que ese testigo!

JORGE.—Isidro! Mi madre ha despertado de su largo sopor. Me acaba de reconocer, al verme en peligro.

NIEVES, abrazando a Jorge.—Sí, hijo mío!

Doctor PRAGA.—¡El CONTRACHOQUE!

Padre MATEO.—El CONTRACHOQUE lo ha dado Dios!

VARIAS VOCES, de federales y revolucionarios.—Que hable Nieves!

ISIDRO.—Nieves, en nombre del difunto don Evaristo te exhorto a que recuerdes lo que viste en la triste noche del 23 de Agosto de 1895. Lo vas a decir con verdad.

NIEVES, con la cabeza entre las manos, en un esfuerzo de visión mnemónica.—Sí...recuerdo! Una noche negra y lluviosa...Jorge estaba cerca de mí, en su camita, enfermo, con algo de fiebre. Me quedé dormida al rumor de su aliento . . . Soñaba que me lo querían quitar...por la cuestión de la herencia. Un tiro en la vecina pieza de Evaristo me despertó...No pensé mas que en estrechar al niño contra mi seno...Luego fuí al cuarto de Evaristo, y lo ví caído en un charco de sangre. Pioquinto estaba cerca de él...

VOCES.—¡Oh! oh!

ISIDRO.—Silencio!

NIEVES.—Tenía en la mano una pistola.

EXCLAMACIONES varias.

DOÑA PIA.—¡Qué tal?

NIEVES.— Yo no ví más....Hasta allí mi recuerdo de aquella noche.

PIOQUINTO.—Mi hermana Nieves cayó al suelo, desvanecida.

JORGE, se aparta de Berta con un movimiento de horror instintivo.

BERTA.—Jorge ¿me dejas sóla?... Lo que dice mi tía Nieves apoya el dicho de mi padre

ENRIQUETA, al Lic Espino.—Anda, Chucho!

DOÑA PIA.—Ahora, licenciado!

LIC. ESPINO.—Es decir que Nieves sorprendió a Pioquinto casi *in fraganti delicto*, con el arma en la mano y el muerto a los piés!

ENRIQUETA.—Bueno, bueno!

DOÑA PIA.—Bravo, licenciado!

JORGE, se aparta más de Berta y mira con horror a Pioquinto.

BERTA, lanza un gemido.

PIOQUINTO.—Hay un testigo que acabará por declarar la verdad. Yo lo forzaré. Que lo traigan.

ISIDRO.—¿Quién?

PIOQUINTO.—Lucas "el puntillero".

DOÑA PIA, ENRIQUETA y el LIC. ESPINO, prorrumpen en exclamaciones y risas.

ISIDRO.—¿Cómo, Pioquinto? ¿No sabes que Lucas Fregoso ha muerto? Lo van a enterrar.

PIOQUINTO y BERTA, desconcertados, dan muestras de abatimiento.

PADRE MATEO, cayendo de rodillas.—Perdóname, Diós mío! Voy a revelar un secreto de confesión...La confesión de Lucas... Oiganlo todos y perdónenme!

ISIDRO.—Hable, padre Mateo; la justicia primero que todo.

PADRE MATEO.—Estoy autorizado por Lucas para revelar toda su confesión si el fin es bueno He aquí lo que me dijo: "Yo solo lo maté; Pioquinto no participo en el crimen."

JORGE, conmovido, abraza a Pioquinto, luego a Berta.

DOÑA PIA, ENRIQUETA y el LIC. ESPINO, se ocultan un momento entre los grupos.

ISIDRO, al soldado revolucionario 1º.—Quitale a Pioquinto las ligaduras. Es un calumniado.—Revolucionario 1º lo desliga.—Y ahora— desenrollando un plano del Valle de Escontzín,— procedamos a deslindar la tierra. Esta revolución, para cumplir sus fines, tiene que arreglar el suelo como si fuera un tablero revuelto. Aquí esta el plano de nuestro Valle de Escontzín, casilla perdida en el tablero nacional. Todo él está trastornado, mal distribuido...El amo don Evaristo cuidó de respetar los dominios tradicionales del pueblo.

(1)DOÑA PIA.—Ya va saliendo con Evaristo!

ISIDRO.—Sí. doña Pía; aunque le pese. Ahora no soy ya su viejo mayordomo; soy el Juez de la región y tengo que hacerle oír la verdad...Don Evaristo no sólo mantuvo los egidos y propios de la Ermita, sino que ensanchó sus límites, a expensas de la hacienda, con eriazos susceptibles de cultivo, bajo el dominio del pueblo.

DOÑA PIA.—Parte del potrero del Guajolote...¡Qué disparate!

ISIDRO.— Con ese "disparate" y otros semejantes don Evaristo creó la paz y la prosperidad en la Ermita. Procuró que cada familia indígena tuviera su tierra y su casa. Comprendió la importancia de domiciliar convenientemente al indio para que no sea una bestia de jacal, dispuesta a la vida salvaje, con fusil en mano.

LIC. ESPINO.—Es la vida que hoy lleva y la única que le gusta

DOÑA PIA.—Bien, licenciado!

ISIDRO.—Por culpa de Ud., doña Pía!...Ud. y don Ramón despojaron a la indiada.

REVOLUCIONARIOS.—Que viva don Isidro!— Aplauden

DOÑA PIA.—Les compramos hasta lo que Evaristo les había regalado.

---

(1) Omisión facultativa, desde este punto hasta la nota No. 2, en la representación.

ISIDRO.—Bonita compra!... Un puñado de billetes para que se fueran a emborrachar. Dejaron sus labores, sus casitas; su vida de familia. Se acabó el hogar y comenzó la gresca...Si hay revolución, es por culpa de Uds., los malos hacendados.

REVOLUCIONARIOS.—Bien dicho!—Aplauden.

DOÑA PIA, al Lic. Espino—Este hombre quiere perdernos. Habrá que pedir más auxilio a México y suprimirló.

LIC. ESPINO, a doña Pía.—Ya no quieren enviarnos ni un federal más. Todas las expediciones militares fracasan. El gobierno de PorfirioDiaz está cayendo

ENRIQUETA.—Mamá, vámonos!

ISIDRO, a sus tres colegas en el Ayuntamiento de la Ermita.— Compañeros de Ayuntamiento! Henos aquí constituidos en cuerpo de acción.—Los Regidores se agrupan junto a Isidro y hacen signos de asentimiento.—Ayer fuimos cuerpo deliberante y acordamos rehacer el plano agrario del Valle, según principios de justicia distributiva. Hoy vamos a hacer proclamar los linderos trazados en este plano y a definir los derechos de propiedad. —Saca un papel y lée.—1º.—Reintegración al pueblo de la Ermita de sus antiguos terrenos comunales.—2º.—Restitución de las tierras, servidumbres y beneficios otorgados por el antiguo patrón, don Evaristo Armienta...

DOÑA PIA.—Alto! Yo no paso por esas iniquidades. ¡Qué restitución ni qué ojo de hacha! .—Al Lic. Espino.— Vamos, licenciado Espino; argúyales recio!

ENRIQUETA.—Vámonos, mamá! De nada vale argüir!

LIC. ESPINO.—Contra esas intrusiones, opongo el recurso de incompetencia.

DOÑA PIA.—Eso! Están Uds. saludando con sombrero ajeno!

LIC. ESPINO.—No tienen Uds. autoridad... ni administrativa ni judicial.

ISIDRO.—La tenemos. Y no habríamos de írsela a pedir a los licenciados de México. Nos la da el derecho natural de los poblados en las épocas de sacudimiento. Entonces, el poder central, desquiciado, se difunde. Cada Municipio tiene que bastarse a sí mismo, por derecho vital; el cuerpo Municipal asume la administración, la judicatura, todos los poderes. Así nos lo han reconocido los Jefes del movimiento.

DOÑA PIA.—El bandidaje!...

ISIDRO.—Cálmese, señora! Le falta oír la cláusula final. —Lée.—3º.—La propiedad de la hacienda de Escontzín corresponde enteramente, por derecho hereditario...a don Jorge Armienta.

DOÑA PIA.—Ja! ja! ja!

ENRIQUETA.—Vaya! vaya! ¿Y por qué no también a su prima Berta?— Al Lic Espino.—Anda, Chucho!

LIC. ESPINO.—Eso sí que sobrepasa los límites de la arbitrariedad. Toda disposición que se basa sobre algo falso resulta nula. Y falso es el derecho hereditario de Jorge.

ISIDRO.—Cómo falso! Creo muy fácil probar que don Jorge es hijo de don Evaristo. No hay mas que ir al Registro Civil...Además, ha habido testamento en favor de su hijo.

DOÑA PIA.—Ja! ja!

ENRIQUETA.—Qué capáz!

LIC. ESPINO.—Aquí está la copia de la partida de nacimiento de Jorge...sin apellido paterno!...Lea Ud.—Saca un papel y lo da a leer a Isidro.

ISIDRO, leyendo confusamente una parte y en seguida muy claro. "Fué presentado...el niño Jorge, hijo de la señora Nieves Anturez y de padre desconocido!"

ENRIQUETA.—Vaya! ¡Hijo de padre desconocido!

DOÑA PIA.—¡Magnífico!

(2) JORGE, BERTA, el DOCTOR PRAGA, CALIXTO y PETRONILA dan signos de turbación.—Nieves levanta la cabeza inclinada y se pasa la mano por la frente.

ISIDRO.—Pero un testamento debe existir...en favor de don Jorge.

LIC. ESPINO.—¿Dónde está? Pruebas! Pruebas pido yo ahora, como Ud., Isidro, se las pidió a Pioquinto

NIEVES, moviéndose hacia la Iglesia.—Esperen! Yo tengo pruebas!—Entra a la Iglesia.

DOÑA PIA.—La hacienda será mía, por herencia colateral de mi esposo y por mi hipoteca sobre el intestado.

---

(2) Desde la nota (1) hasta esta (2) se comprende el trozo omisible para abreviar el final. Hecha la omisión, la ligadura de los cabos es sencilla.

ISIDRO.—Repito que debe haber un testamento.—A los Regidores.—Lo malo es no saber...

CALIXTO.—siguiendo con curiosidad a Nieves y deteniéndose en la puerta de la iglesia, desde donde la observa.—Mírenla! Está abriendo el sagrario!

PETRONILA, el CABO MACHORRO y el DOCTOR PRAGA, son los primeros en subir la escalinata y observar al lado de Calixto. Luego varios campesinos, federales y revolucionarios se agrupan con ellos. Todos toman parte en la expectativa.

PETRONILA.—Ahora despega el almohadillado del sagrario.

CALIXTO.—Saca de allí algo.

CABO MACHORRO.—¿Qué saca? ¡Si serán onzas de oro!

PETRONILA.—Una cubierta!

Los más cercanos a la puerta.—Ya viene!

NIEVES, aparece trayendo una gran cubierta sellada. Aparta los grupos de curiosos, va hacia Isidro y le entrega la cubierta.—Aquí dentro está el testamento de Evaristo. El mismo me lo confió, meses antes de que lo mataran.—Vacila un momento; su rostro y ademán expresan el esfuerzo por evocar impresiones remotas.—Me dijo: "en esta cubierta encontrarás algún día la reparación de la injusticia que...por consideraciones sociales...cometí...no reconociendo a nuestro hijo al nacer."

ISIDRO.—Nieves Anturez! ¿Me facultas para abrir este sobre sellado y leer públicamente su contenido?

NIEVES.—Sí, don Isidro.

ISIDRO, abriendo la cubierta.—Todos sois testigos...Extrae varios pliegos. Lee y pronuncia las frases principales.—"Testamento cerrado...de noviembre de 1899.. Reconozco por mi hijo natural a Jorge, registrado en el Registro Civil como hijo de Nieves Anturez y padre no conocido"...En seguida: "Disposiciones testamentarias, con plena conciencia y en perfecto estado de salud"..."Nombro a mi supradicho hijo Jorge, heredero universal de mis bienes."—Exclamaciones diversas en el concurso.—

NIEVES, con nuevo esfuerzo de memoria.—Sí, asi me lo dijo!

DOÑA PIA.—Es falso todo eso...¡Mamarrachos!

LIC. ESPINO.—Ese documento tiene todos los visos de apócrifo.

DOCTOR PRAGA, a doña Pía y al Lic. Espino.—Una palabra: escúcheme Ud. una palabra, doña Pía...y Ud. tambien, licenciado Espino.—Se destaca con ellos al primer plano.—Señora doña Pía, ahora me explico ciertas circunstancias de la muerte de su esposo don Ramón, sobre la cual nada he querido declarar a la justicia. Ud. estaba, sin duda, interesada en que su marido no revelara la existencia del testamento en favor de Jorge...Ahora, cuando don Ramón murió, se hallaba Ud. sola con él...¿Y sabe Ud. lo que reconocí en el cadaver de don Ramón?

DOÑA PÍA, turbada.—¿Qué reconoció?...Otra patraña.

LIC. ESPINO.—Vamos! ¿Qué reconoció Ud.?

DOCTOR PRAGA.—Que prensentaba signos inequívocos de estrangulación.

DOÑA PIA.—Oh!—Se cubre el rostro.

DOCTOR PRAGA.—Eso es lo que voy a declarar a la justicia, si Ud. persiste...

DOÑA PIA, reponiéndose.—Embustes! ¿Con qué lo prueba?

LIC. ESPINO.—Se necesitaría haber hecho una autopsía pericial,

PIOQUINTO, acercándose a doña Pia.—Señora doña Pía, al reconocérseme inocente de la muerte de Evaristo, estoy en situación de designar al cómplice principal del "puntillero" ...Ese cómplice oculto es Ud.

DOÑA PIA, más turbada.—Oh!

LIC ESPINO, a Pioquinto.—Chicanas!

PIOQUINTO.—Si es preciso, el padre Mateo hará uso del permiso de Lucas para revelar porcompleto...—Al padre Mateo, llamándole.—Padre Mateo!

DOÑA PIA.—Oh, basta ya!—Hace como si fuera a retirarse.

LIC ESPINO, a doña Pía, deteniéndola.—El padre Mateo no dirá nada.

PADRE MATEO, acercándos .—¿Qué me quieren?

DOÑA PIA, mira fijamente al padre Mateo y reconoce en su mirada una irresistible y muda acusación. Ante esa mirada acusadora, inclina la cabeza.—Ya me voy!

ENRIQUETA, reteniéndola.—¿A dónde vas, mamá?

DOÑA PIA. No sé. Necesito correr...Precipitadamente se dirige al caballo y lo monta.

ENRIQUETA.—Mamá !mamá!

DOÑA PIA, espoléa al caballo y sale por el fondo.—Adiós, hija! Voy al destino!

Todos se agolpan hacia las trincheras. —CALIXTO, PETRONILA, EL CABO MACHORRO y OTROS, suben encima.

CALIXTO.—Oh! ¡Cómo corre doña Pía!

PETRONILA.—Va a la barranca...¡Jesús!

CABO MACHORRO.—Con todo y caballo, a la barranca

ENRIQUETA, da un grito y asiendo al Lic Espino le lleva consigo y sale por el fondo.—Vámonos!

CALIXTO, con la vista a lo lejos y hacia abajo.—Se la lleva el torrente...¡A la turbina!

BERTA, incorporándose.—¡Qué horror! ¿No se podría salvarla? ¡A ver, hombres, vayan a salvarla!

Muchos hombres se precipitan por el fondo y salen.

CABO MACHORRO, alejándose lentamente.—Eso no tiene quite. Más facil salvarse después de un bote de metralla.

JORGE tomando cariñosamente la mano de Berta.—Berta, esta mano me salvó la vida...¿Quieres dármela para ser mi esposa?

BERTA.—¡Qué feliz seria yo, primo Jorge, si este momento no coincidiera con una gran desgracia!

CALIXTO, bajando de la trichera y acercándose al grupo formado por Nieves, Berta y Jorge.—¿Quién habla de desgracia?¡Ud., niña Berta, Ud. que tiene tanto derecho a la felicidad! ¡Y cómo no habria de disfrutarla su juventud si hasta este viejo a huehuete va a cambiar de hoja y florecer, en cuanto venga el regadío de la paz?

ISIDRO.—Sí, Calixto! Vendrá la paz y con ella el trabajo fertilizador de esta destrozada tierra.

CALIXTO.—La mía, mi tierrecita, mi parcela...la quiero cerca de la barranca; allí, en el sitio de donde se despeñó doña Pia...Yo la haré tierra buena con con mi sudor.

JORGE.—La tendrás, Calixto, si sabes merecerla con tu trabajo.

ISIDRO.—Muy bien, don Jorge. La tierra no debe ser objeto de granjerias, sino premio al trabajo.

CALIXTO.—Un platanar y un arroyuelo; al rededor se llenará de caña, y en medio levantaré mi casita...una monada de casa desde donde pueda ver, riendo, ese horrible cepo!

VOCES VARIAS.—Bien, Calixto!

CALIXTO.—¿Saben Uds. cómo se llamará mi parcela?—'El Chiflido¡"...porque en ella voy a chiflar de amor por la tardecita, así...—Echa un chiflido prolongado.

PETRONILA, saliendo por el fondo.—¿Me llamas, Calixto?

CALIXTO.— Ven, Petronila¡ ¿Quieres venirte comigo y ser mi compañera en la parcela del "Chiflido"?

PETRONILA,—¡Pués quién sabe! Pero si te empeñas!

CALIXTO, la abraza.

JORGE, atrayendo a Nieves y uniéndola con Berta en el mismo abrazo —Ven aquí, madre; aquí, Berta... Uds. dos van a ser las señoras de Escontzín!

TODOS, inclusos REGIDORES, RANCHEROS, REVOLUCIONARIOS Y FEDERALES.—¡Viva el amo don Jorge!

TELON.

BINDING LIST MAY 1 1950

LS
Q64d

Quevedo y Zubieta, Salvador
Doña Pia.

502098

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED